



HARLEQUIN®

# Jazmín®

Decreto real  
Cara Colter



# **Decreto Real**

**Cara Colter**

## **3º Serie Multiautor Por cita real**

**Decreto real (11.04.2007)**

**Título Original:** The Prince and the Nanny (2007)

**Serie Multiautor:** 3º Por cita real

**Editorial:** Harlequín Ibérica

**Sello / Colección:** Jazmín 2108

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Ryan Kaelan y Prudence Winslow

### **Argumento:**

***¿Podría negarse a obedecer la orden real... de sellar el trato con un beso?***

*La intrépida pelirroja Prudence Winslow se había quedado sin dinero y sin esperanzas de encontrar al hombre perfecto, así que decidió alejarse de los hombres... ¡durante todo un año!*

*Pero entonces conoció a Ryan Kaelan y a sus encantadores hijos que, a falta de una madre, necesitaban de sus dotes como niñera. Prudence aceptó el trabajo y trató de convencerse a sí misma de que no lo hacía por el evidente atractivo de su nuevo jefe... ¡ni por el hecho de que se tratara de un verdadero príncipe!*

# PRÓLOGO

—Oh, Cielos... pero yo no... —Abigail Smith balbuceaba, incómoda—. Oh, cielos... Abigail Smith no era una mujer que se pusiera nerviosa a menudo. Durante cuarenta y tres años, sus alumnas en la Academia de Niñeras habían sido contratadas por familias adineradas, empresarios, estrellas de cine, gente de alcurnia y nuevos ricos.

La señora Smith nunca se había dejado afectar por los famosos... *¡au contraire!* Ella estaba especializada en lidiar con difíciles y, a veces, excéntricos millonarios y consideraba un don especial ser capaz de encontrar siempre a la persona adecuada para cuidar de sus hijos.

Pero, a pesar de su experiencia, nunca había estado en la misma habitación con un príncipe.

El príncipe Ryan Kaelan, de la casa Kaelan, en la isla de Momhilegra, más conocida como la isla de la Música, estaba sentado frente a ella, irradiando... autoridad.

Aunque había hablado en su vida con muchos poderosos, o al menos con sus representantes, nunca se había sentido así de alterada.

Abrumada.

Era un hombre guapísimo, con un largo abrigo negro de cachemir bajo el que sólo podía ver el cuello de una camisa inmaculadamente blanca. Pero aunque no llevase unas prendas tan caras, la anchura de sus hombros y su asombrosa altura habrían sido suficientes para impresionar a cualquier mujer. Tenía el pelo negro como la noche, perfectamente cortado. El príncipe poseía una magnífica piel naturalmente bronceada y sus facciones, desde los altos pómulos a la nariz recta y el hoyito en la barbilla, eran irrazonablemente atractivos.

Pero eran sus ojos lo que más llamaba la atención. De color azul oscuro con mezcla de azul zafiro, estaban rodeados por pestañas larguísimas y parecían los ojos profundos de un hombre mucho mayor, aunque el príncipe sólo tenía veintiocho años. En los ojos de aquel hombre había carisma, personalidad, fuerza... y dolor.

—Oh, cielos —repitió la señora Smith.

—¿Algún problema? —su voz era la voz que una esperaría de un hombre de tal estatura: educada, firme, masculina y misteriosa a la vez, con un leve

acento gaélico. El resultado era... en fin, muy sensual.

¿Sensual? La señora Smith iba a cumplir setenta y tres años, pero se encontró a sí misma ruborizándose como una colegiala.

—¡Sí! —exclamó, nerviosa—. Claro que hay un problema. La señorita Winslow está... en fin, ya está empleada.

Él asintió con la cabeza, pero no dejaba de mirarla a los ojos mientras golpeaba el borde del escritorio con sus guantes de piel, impaciente. El príncipe era un hombre que esperaba obediencia ciega, acostumbrado a pedir las cosas una sola vez, pero... ¿Prudence Winslow como niñera? ¿Como la niñera de dos niños sin madre, un niño de cinco años y una niña de trece meses? Imposible.

—Pero tenemos muchas niñeras que podrían ocupar el puesto de inmediato —siguió la señora Smith—. De hecho, tengo...

—La quiero a ella —la interrumpió el príncipe.

Abigail Smith se sentía como un pez fuera del agua, boqueando para encontrar aire. Una frase como ésa podía interpretarse de muchas maneras.

—A ella —repitió el príncipe, señalando la fotografía que tenía delante.

La fotografía que estaba señalando era parte de un artículo en el periódico, la historia que había puesto a la señorita Winslow, y a la academia de la señora Smith, en el mapa.

En la foto, la señorita Winslow no era más que un borrón oscuro tumbado en el pavimento casi bajo las ruedas de un coche. De hecho, era Prudence unos segundos después de haber empujado el cochecito del niño que cuidaba para salvarlo cuando un maníaco se saltó un semáforo en rojo.

Sin duda era un acto de valentía por el que la ciudad de Nueva York había declarado a Prudence Winslow una heroína. Y ahora todo el mundo quería niñeras dispuestas a dar su vida por los niños que estaban a su cargo.

La propia Prudence, sin embargo, se sentía molesta por tanto interés y estaba deseando que el asunto se olvidase.

Pero la verdad era que, salvo por aquel incidente, Prudence no era exactamente la niñera que la señora Smith habría elegido como ejemplo de empleada modelo.

Prudence era, sencillamente, un poco demasiado todo: demasiado alta, demasiado atrevida, demasiado rebelde. Demasiado pelirroja incluso. Ese pelo lo decía todo: una melena de rizos pelirrojos que se negaban a quedarse en su sitio cuando se hacía un moño. Y sus ojos eran verdes, brillantes, llenos de energía, con un puntito travieso que era lo que la hacía tan popular entre los

niños. El pelo, la altura y ese brillo vivaracho en los ojos eran lo que la convertía en un problema para cualquier hombre que hubiera pasado de la pubertad.

Los dos primeros puestos de Prudence no habían sido un gran éxito, desde luego. «Se niega a llevar uniforme», había sido la primera razón para despedirla. Leyendo entre líneas, la señora Smith había sospechado que el padre de los niños seguramente se fijaba demasiado en la niñera. Y cuando el segundo puesto fracasó como el primero, Abigail encontró para ella un puesto en casa de una mujer divorciada.

Sabía que era demasiado blanda con los defectos de Prudence... posiblemente porque Prue había sido educada por una de sus propias niñeras. Cuando Marcus Winslow murió inesperadamente el año anterior, había quedado claro que su fortuna no era más que un castillo de naipes. No tenía un céntimo. Y ese castillo de naipes se había derrumbado sobre su sorprendida, y absolutamente mimada, hija.

En realidad, después de haber sido despedida dos veces, no debería haberle dado otra oportunidad, pero admiraba a Prudence por haberse puesto a buscar trabajo en cuanto descubrió cuál era su situación económica. En fin, había que admirar a alguien que, cuando le daban limones, hacía limonada.

A Prudence le encantaban los niños. Y algún día, con tiempo y paciencia, se convertiría en una buena niñera.

¿Pero ponerla a prueba con un príncipe? ¿Un príncipe que era observado incesantemente? ¿Alguien cuyas tragedias, cuyos triunfos, cuyos pasos eran documentados por todos los periódicos y revistas del mundo?

—Oh, cielos... me temo que Prudence no es lo que usted necesita.

—¿Prudence? —repitió él, con una sonrisa en los labios—. ¿Eso es lo que significa la P? Un bonito nombre, anticuado, virtuoso —añadió, encantado, ignorando por completo lo que la señora Smith acababa de decirle.

Pero la señora Smith nunca había conocido a nadie que se pareciera tan poco a su nombre. La propia Prudence le había contado una vez que la llamaron así por una anciana tía suya, esperando que de esa forma heredase su fortuna.

—Alteza..., ¿recuerda una película que se llama *Sonrisas y lágrimas*?

Él la miró, sorprendido, y la señora Smith se dio cuenta de que ésa no era una película de su generación. Y que la música de Rodgers y Hammerstein no sería seguramente el tipo de música que se escuchaba en su reino, una isla diminuta al sur de Irlanda.

La isla de Momhilegra era famosa por su música. Había escuelas de música clásica, una universidad dedicada exclusivamente a los estudios musicales, árboles que producían una madera especial para los mejores instrumentos de cuerda...

—La protagonista se llama María —siguió la señora Smith—. Pero Prudence no tiene nada que ver con ella, se lo aseguro. O, más bien, es diez veces como María.

El príncipe la miró sin entender.

—Me gustaría conocerla.

La amabilidad de su tono no escondía que acababa de darle una orden. Casi un edicto real.

La señora Smith se dijo a sí misma que aquel hombre no tenía ninguna autoridad fuera de su país. Se lo dijo a sí misma, pero no lo creyó en absoluto. Porque el príncipe Ryan Kaelan era un hombre que exudaba autoridad.

—Muy bien, Alteza —suspiró por fin.

# CAPÍTULO 1

Prudence llegaba tarde. Y, por una vez, no era culpa suya. Bueno, quizá un poco, pero no del todo.

Se miró un momento en las puertas del vestíbulo del Waldorf, uno de los mejores hoteles de Manhattan, aunque su padre había preferido siempre el club St. Regis para sus invitados, y dejó escapar un suspiro. Estaba lloviznando y la humedad solía alborotar su pelo... más de lo que solía estar alborotado de por sí. Rizos de color cobre salían despedidos del moño que la señora Smith había insistido en que se hiciera. La señora Smith también había insistido en que se pusiera una falda por debajo de la rodilla... pero la falda parecía tan poco apta para la humedad como su pelo.

El pobre Brian, que no se separaba de ella desde el accidente y que no estaba nada contento con la niñera que iba a cuidarlo aquella tarde, le había tirado mantequilla en la gabardina azul marino. Y a pesar de sus esfuerzos para limpiarla, la mancha se negaba a ser totalmente erradicada.

Aun así, cruzó el vestíbulo del hotel con aires de reina y miró al joven que había tras el mostrador de recepción.

«Mono», pensó. Rubio. Un Brad Pitt de barrio. Entonces se recordó a sí misma que era una mujer reformada. Pero aun así tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreírle coquetamente. ¡Seis meses sin salir con nadie!

Y aún le quedaban seis meses más. Con un aire tan serio como era posible para una persona con una mancha de mantequilla en la solapa de la gabardina, y mientras seguía intentando contener la tentación de sonreír al joven Brad Pitt, Prudence anunció:

—Vengo a ver al señor Kaelan.

La señora Smith había sido inusualmente habladora y evasiva al mismo tiempo. Lo único que Prudence había entendido era que un hombre quería entrevistarla por la historia del periódico. Y debía llegar a tiempo e ir presentable.

—Ponte una falda decente —había especificado—. Y, por favor, haz algo con tu pelo.

Bueno, muy bien, llevaba una falda por debajo de la rodilla, nada que ver con las falditas de seda que solía llevar antes. Pero no había tenido tiempo para ponerse demasiado presentable. Además, Prue estaba harta de hablar del

accidente.

Había conseguido escapar del radar de la prensa tras el escándalo financiero provocado por la muerte de su padre, de modo que nadie había hecho la conexión entre Winslow, la heroica niñera, y Marcus Winslow, el del imperio que se había venido abajo.

Y ella quería que siguiera siendo así, de modo que intentó escaparse de aquella reunión, pero la señora Smith se mostró muy insistente.

—Tienes que hacerlo por la Academia, querida.

Prue sabía que le debía mucho a Abigail Smith, que la había ayudado cuando todos los demás la dejaron sola.

—¿El señor Kaelan? —repitió el chico, sorprendido—. Ah, supongo que se refiere al príncipe Ryan Kaelan.

—Lo que sea —suspiró Prue, pensando: «genial, ahora todo el mundo se cree una estrella del rock», mientras miraba el reloj. Llegaba diez minutos tarde. Maldición.

—Sí, bueno, esas chicas de ahí también están intentando verlo —dijo el chico.

Prudence giró la cabeza y vio a un grupo de adolescentes y no tan adolescentes frente a los ascensores.

—El señor Kaelan me está esperando —le dijo, muy seria. Y la expresión del empleado cambió por completo. Ah, aún podía ser la hija de su padre cuando quería serlo.

—¿Su nombre, por favor?

Prudence se lo dio y el joven llamó a la habitación. Cuando colgó, la miraba de una manera completamente diferente.

—Alguien bajará inmediatamente para acompañarla, señorita Winslow.

—Gracias.

¿Para acompañarla? ¿Qué estaba pasando allí?

¿Aquel hombre sería de verdad una estrella del rock? «Qué raro», pensó. ¿Para qué iba a querer verla un cantante? La señora Smith nunca se dejaba influir por los famosos...

Las puertas del ascensor se abrieron entonces y el grupo de chicas que esperaba empezó a hacer preguntas: «¿Bajará hoy?». «¿Cómo está Gavie?». Una chica muy mona llevaba una pequeña pancarta en la que podía leerse: *Algún día encontraré a mi príncipe.*

Le recordaba a sí misma cuando tenía doce años, viviendo una fantasía porque la vida real era demasiado triste.

«Chica», pensó Prudence, «tenemos que hablar». Pero enseguida vio a un hombre mayor, de aspecto muy distinguido, con un uniforme verde oscuro y galones dorados en los hombros. Y se dirigía hacia ella. Llevaba un blasón bordado en el pecho... parecía un dragón enredado en un instrumento musical que podría ser un laúd.

El hombre no prestó atención alguna a las chicas y se acercó a Prudence, inclinando solemnemente la cabeza.

—¿Señorita Winslow?

—Sí, soy yo.

—Venga conmigo, por favor. Y no haga caso a esas chicas —le advirtió el hombre de uniforme mientras entraban en el ascensor—. Me llamo Ronald.

Mayor, pero atractivo, pensó Prudence. ¿Una sonrisita? Ah, qué difícil estaba siendo eso de convertirse en una persona nueva.

—¿Le han explicado el protocolo?

—¿Perdone?

—Además de la puntualidad, se esperan ciertas formas en un invitado. No es necesario que haga una reverencia aunque, por supuesto, si usted lo desea...

—Lo dirá de broma, ¿no? ¿Una reverencia? —Prudence soltó una carcajada, pero enseguida se percató de que el hombre de uniforme se ponía muy serio. Y recordó lo que había dicho el chico del mostrador de recepción —. ¿Está diciendo que voy a encontrarme con un príncipe? ¿Un príncipe de verdad?

—Sí, señorita. Lo siento, pensé que lo sabía.

¿Por qué no se lo había dicho la señora Smith? ¿O esa información habría quedado enterrada en su extraña e incesante charla?

Oh, no, no. La vida era muy injusta. Y las coincidencias, demasiado crueles. Como la chica de la pancarta, ella había creído en príncipes y princesas cuando era pequeña. ¡Que si había creído! Adoraba los cuentos de hadas y las novelas de amor. Desde los catorce años, cuando descubrió que le gustaba a los hombres, estaba convencida de que el día que besara al adecuado empezaría su propio cuento de hadas.

Pero, por el momento, había besado a mil ranas y ninguna de ellas se había convertido en un príncipe.

Y entonces, el año anterior, tras la muerte de su padre, había descubierto que era su amor lo que tanto buscaba. Un amor que ya no tendría nunca.

Había pasado una página entonces. Y se había hecho una promesa: nada de amoríos durante un año. Nada de citas, nada de besos, nada. En algún punto de

su desesperada búsqueda del príncipe se había perdido a sí misma y estaba decidida a encontrarse.

¡Pero el universo estaba poniendo a prueba su resolución! Eso era lo que estaba pasando. De modo que Prudence miró el botón de parada del ascensor... pero el hombre uniformado puso una mano en su brazo.

—No tiene nada que temer.

—¿Temer? —repitió Prue, a la defensiva.

Ella, Prudence Winslow, nunca había tenido miedo de nada. Bueno, sólo de acabar sola. O de pasar hambre.

Y últimamente ni eso le daba miedo. Tras la muerte de su padre, antes de encontrar la Academia para niñeras de la señora Smith, se había encontrado sin dinero ni para comer. Ahora, todo el dinero que podía ahorrar y todo el tiempo que le sobraba lo dedicaba a un comedor para indigentes.

Su vida estaba encaminada al fin, de modo que no estaba lista para aquel reto. No, no lo estaba.

—Maldita sea —murmuró, intentando colocarse los rizos que se le escapaban del moño.

—Naturalmente, no se debe maldecir delante de Su Alteza —le recordó Ronald.

—Naturalmente —repitió ella.

—La manera correcta de dirigirse a él es Alteza, pero después de que le haya sido presentado puede llamarlo «señor».

—Ah, ya. Pero nada de reverencias.

Si Ronald había detectado una nota de sarcasmo, no se dio por aludido.

—A menos que quiera hacerlo.

—Le aseguro que no.

Si intentaba hacer una reverencia seguramente acabaría de bruces en el suelo, pero ella no era ese tipo de chica. Ni siquiera en sus sueños.

El hombre de uniforme dejó escapar un suspiro.

—La creo.

Las puertas del ascensor se abrieron poco después y Ronald la llevó hasta la suite, llena de lirios frescos. Había un piano de cola en una esquina del salón, sofás tapizados en seda y alfombras persas. Una elegante lámpara de araña reflejaba la luz del sol y la chimenea estaba encendida.

—¿Me da su abrigo?

Prudence no quería darle su gabardina, incluso con la mancha de mantequilla, porque sentía que necesitaba cierta protección.

¿Contra qué?, se preguntó, irritada. De modo que se la quitó. Debajo llevaba una blusa blanca que había sido bien planchada en su momento, pero que parecía a punto de reaccionar ante la humedad igual que su pelo.

—Por favor, siéntese. La anunciaré enseguida.

Pero Prudence no podía sentarse. Mientras esperaba, se dedicó a estudiar los cuadros, la vista desde la ventana, echó un vistazo en el comedor... Una criada uniformada estaba poniendo la mesa para ocho personas.

El tiempo pasaba y el príncipe no aparecía. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué la había enviado allí la señora Smith? A ella no le gustaban nada los misterios. Desde la muerte de su padre era absolutamente alérgica a las sorpresas. A ella le gustaba controlar su mundo, el dinero que recaudaba para el comedor de indigentes...

Una vez, esa cantidad le habría hecho reír. Entonces se le ocurrió algo: a lo mejor el príncipe era feo. Viejo. Gordo. Calvo. ¡Estaba allí para descubrir lo ridículas que habían sido sus fantasías!

El universo no la estaba poniendo a prueba. La estaba recompensando. Diciéndole: «chica, vas por buen camino».

Pero por si acaso se equivocaba, miró hacia la puerta... aunque sabía que no podía decepcionar a la señora Smith. Si ella quería que conociese a un príncipe porque sería bueno para la Academia de Niñeras, lo haría.

Pero... ¿y si le daba la risa cuando estuviera con él? Durante el funeral de su padre se había acordado de cuando envolvió a su perro, Kelpie, con papel higiénico y había tenido que contener la risa durante toda la ceremonia.

Allí iba a pasar lo mismo. Lo sabía. Y lo mejor sería marcharse de inmediato para no hundir en la vergüenza a la Academia de la señora Smith. Pero antes de que pudiera hacer nada, una puerta se abrió. Ronald salió primero y tras él... Tras él salió un hombre que no era ni viejo, ni gordo, ni feo, ni calvo. Era la fantasía de lo que debería ser un príncipe. Si todos los cuentos de hadas empezaban con «érase una vez», aquél empezaba con «érase una vez un hombre entrando en una habitación».

Era tan alto que la hacía sentirse bajita, y midiendo un metro ochenta, ésa era una sensación que Prue no había tenido desde los ocho años. Llevaba un jersey de cachemir de color marfil, una camisa azul marino y pantalones oscuros. Pero aunque hubiese llevado un mono de trabajo, cualquiera podría darse cuenta de que era un hombre importante. Se movía con confianza, con la gracia de alguien que sabía exactamente quién era: un hombre destinado a heredar la tierra.

Aunque cada una de sus facciones era la perfección masculina, fueron sus ojos lo que más llamó su atención. Eran de un azul asombroso y le recordaban a las aguas de la costa de Kona, en Hawái, donde su padre había tenido una casa durante años.

Aun así, se dijo Prue a sí misma, no era su tipo. Había decidido tiempo atrás que un hombre moreno no era lo suyo. Si se casaba con un rubio, sus hijos serían rubios en lugar de pelirrojos como ella.

Además, había algo en su seguridad que la irritaba un poco porque parecía arrogancia. Y la arrogancia era un defecto fatal; el primero en su lista de lo que un hombre no debía poseer. Por supuesto, la lista contenía muchos otros defectos, algunos importantes y otros superficiales pero fundamentales para ella, desde los pelos en la nariz a tener unos pies feos.

Fue el príncipe quien se acercó a ella porque Prudence no podía moverse. Y cuando le ofreció su mano, Prue miró a Ronald, que asintió con la cabeza.

Al apretar su mano sintió que tenía una fuerza enorme... y algo más, un escalofrío, un cosquilleo interior. A pesar de su pelo negro y a pesar de que no había inspeccionado sus pies. Aunque, desde luego, no tenía pelos en la nariz. Aun así, la sensación era muy poco apropiada en una entrevista de trabajo.

El universo estaba siendo increíblemente cruel. Porque aquel cosquilleo, aquel estremecimiento podía hacer que una mujer perdiera el juicio.

Y ella lo sabía bien.

No, no podía confiar en sí misma cuando había esa electricidad en el ambiente, una vez que la esperanza empezaba a florecer. Porque enseguida empezaría a perder tiempo soñando despierta, buscando la tarjetita perfecta, esperando que sonara el teléfono, intentando vestirse de forma que a él le gustara...

¡Y estaba teniendo esa reacción incluso antes de haberle visto los pies!

Era como si todos los progresos que había hecho durante los últimos seis meses estuvieran en peligro por un simple apretón de manos.

—Señorita Winslow, es un placer —dijo él. Y su voz era la voz de un príncipe azul.

Le encantaba su acento, además. Prudence intentó decir: «Alteza», pero no le salió. Aunque si supiera cómo hacer una reverencia, sospechaba que la haría.

Nerviosa, intentó apartarse un rizo de la cara, fracasó y se puso las manos a la espalda.

«Di algo», se ordenó a sí misma.

—Hola.

A su espalda oyó carraspear a Ronald, pero si el príncipe se sentía ofendido no lo demostró en absoluto.

La miraba con esos ojos tan bonitos... y entonces sonrió. Y tenía una sonrisa maravillosa, a pesar de que dos de sus dientes estaban ligeramente montados uno sobre el otro.

¡Y eso que los dientes torcidos estaban en su lista de defectos intolerables!

Pero esa sonrisa lo rejuvenecía. Y esa ligera imperfección era de lo más atractiva.

Así que, a pesar de los dientes un poco montados, tenía una boca más que besable. Un beso y lo sabría. ¿Era una rana o un príncipe?

«Deja de pensar tonterías», se ordenó a sí misma.

—Por favor, siéntese —dijo él, señalando un sillón—. ¿Quiere tomar un refresco?

«Un whisky con hielo. Doble».

—No, gracias.

Sabía que debería haber añadido «Alteza» o «Señor», pero era incapaz de hacerlo.

—Bueno, cuénteme algo sobre usted —dijo el príncipe, sentándose en el sofá.

—¿Porqué?

El frunció el ceño, seguramente sorprendido por la respuesta. Porque no debía de estar acostumbrado a que nadie cuestionara sus decisiones. «Ah, qué arrogante», pensó entonces.

—Me enteré de su heroico acto por el periódico. Estoy en Nueva York en viaje de negocios y eso me hizo sentir curiosidad por usted.

—Ah.

Prudence sintió un horrible deseo de contárselo todo: la soledad, las dudas, la humillación que sufrió tras la muerte de su padre. Sentía un terrible deseo de olvidarse de la arrogancia y confiar en lo que veía en aquellos ojos.

¿Profundidad?

Unos ojos, se recordó a sí misma, por los que un grupo de mujeres lo esperaban en el vestíbulo del hotel con pancartas.

—No hay mucho que contar —dijo por fin.

—¿No?

—En realidad, no fue un acto de heroísmo. Todo ocurrió muy rápido y no tomé una decisión consciente. Estaba cruzando la calle y vi que un coche se

acercaba a toda velocidad. Al darme cuenta de que no iba a parar a tiempo empujé el cochecito del niño y el coche me atropelló a mí. Pero no me hizo nada.

Tenía un hematoma en la cadera del tamaño de una piña, pero incluso pensar en su cadera desnuda en presencia del príncipe le parecía extraño... como pensar en su perrito envuelto en papel higiénico... aunque ahora estaba pensándolo.

—¿No es ésa precisamente la naturaleza de la auténtica valentía? —le preguntó el príncipe—. Es algo que aparece de forma natural, sin decisión consciente.

—No —contestó Prue—. La auténtica valentía es sentir miedo y, a pesar de ello, actuar con valor.

—¿Y no es posible que ambas cosas sean igualmente relevantes?

Prudence tenía la sensación de estar en un sueño. Ella, a quien acababan de manchar la gabardina de mantequilla. Ella, que había pensado en su perrito envuelto en papel higiénico durante el funeral de su padre. Ella, que era incapaz de sujetar su pelo en un moño decente, estaba teniendo una conversación filosófica con un príncipe de verdad.

Prudence podría haberse reído ante lo absurdo de la situación si no hubiera cometido el error de mirarlo a los ojos.

Y allí la vio otra vez, esa profundidad. Algo absurdamente atrayente. Unos ojos como ésos podían hacer que una mujer hiciera o dijera algo realmente estúpido.

—No fue un acto de valentía, fue el instinto.

—Que una madre actuase por instinto en esa situación sería comprensible. Pero que lo hiciera una niñera es algo absolutamente diferente.

—Estoy intentando decirle que no fue para tanto.

—Y yo estoy intentando decirle que sí lo fue.

—Ah —murmuró Prudence. Casi tan horrible como «hola», pero aquel hombre le robaba el aliento.

—Señorita Winslow, estoy pensando ofrecerle un puesto en mi casa.

Prue tragó saliva. Apenas iba a poder sobrevivir a esa entrevista con su promesa intacta. Nada de hombres. Nada de besos. Nada de atracciones. Nada de citas. No. No. No. ¡Aún le quedaban seis meses! ¿Trabajar en casa de aquel hombre? ¡Nunca!

—Príncipe Alteza, lo siento, pero no quiero trabajar para usted. Estoy muy contenta donde estoy. ¡Príncipe Alteza!

La señora Smith jamás debería haberla enviado a aquella entrevista.

Pero la sonrisa del príncipe ya no le gustaba tanto. Porque decía claramente que lo que ella quisiera o dejase de querer era irrelevante.

Y los hombres que siempre conseguían lo que querían eran los primeros en su lista de indeseables.

—Yo me dedico a cuidar niños. ¿Qué haría en su casa? —insistió Prudence.

—Yo tengo dos hijos.

Ella lo miró, perpleja. No se le había ocurrido pensar que estaría casado. Pero ¿por qué no? Lo más lógico era que estuviese casado. Habiendo mujeres que lo esperaban en el vestíbulo de un hotel, ¿cómo iba a seguir soltero?

Ah, aquello era lo que el universo estaba intentando demostrarle. El príncipe no era ni viejo, ni feo, ni gordo, ni calvo, pero estaba casado. ¡Debería ponerse a bailar de alegría! Pero en lugar, de eso se sentía un poco... desilusionada.

—Soy viudo —explicó él entonces.

A Prudence no le gustó nada la sensación de alivio que experimentó al oír eso. De modo que estaba disponible... Pero no para una chica como ella, claro.

Ella no estaba en el mercado para un príncipe.

—No me apetece cambiar de trabajo —insistió, con cierta desesperación. Ella adoraba a Brian, aunque le hubiese manchado la gabardina de mantequilla. Además, tenía su trabajo como voluntaria en el comedor para indigentes. No, nada de cambiar de empleo.

Una puerta se abrió tras ellos y, sin que Ronald se percatase, un niño de unos cinco años se coló en el salón y se escondió detrás del sofá. El ayudante se inclinó para decirle algo al oído al príncipe y, mientras tanto, el niño asomó la cabeza por encima del sofá. Tenía el pelo rizado y los mismos ojos azules que su padre; unos ojos que la miraban con gesto de desaprobación. Pero Prudence le devolvió la mirada, sin amedrentarse.

Era un niño guapísimo, pero la miraba con verdadera antipatía... como Brian había mirado a la niñera que la había reemplazado aquel día. Luego se puso bizco y le sacó la lengua.

Y entonces Prue hizo algo que seguramente habría provocado un infarto a la señora Smith: se puso bizca y le sacó la lengua a su vez.

Ryan, que se había vuelto para mirarla en ese momento, la pilló de esa guisa y tuvo que contener una carcajada. En realidad, desde que entró en el

salón había estado intentando no sonreír.

Nadie lo había preparado para aquel encuentro con Prudence Winslow.

Era altísima, guapa, delgada... y tenía un pelo precioso. Los rizos pelirrojos se salían del severo moño como si estuvieran electrificados. Era una chica preciosa, con una nariz perfecta, labios generosos, una piel muy clara... nada que ver con la fotografía que había visto en el periódico.

Sus ojos eran tan verdes como el agua de la catarata de Myria, en su país, y brillaban llenos de energía y personalidad.

Aunque su ropa estaba arrugada, ella se movía con la prestancia de una modelo.

Era la clase de mujer para la que un hombre debía estar preparado, pero él no lo estaba. Prudence Winslow era desafiante... lo había notado en la negativa a usar su título. Y luego lo había usado de forma incorrecta. ¿Deliberadamente?

Había llegado tarde y, por su comportamiento, lamentablemente debía admitir que la señora Smith había tenido razón. La señorita Winslow no pegaba nada con la ordenada vida de palacio.

La gente que trabajaba para su familia llevaba allí generaciones; los padres enseñando a los hijos y las madres, a las hijas. Se sentían orgullosos de estar al servicio de la casa Kaelan. Una mujer como aquella sería un problema para la rutina de palacio; una rutina que probablemente no había cambiado en trescientos años.

Esa idea lo hizo sentir más inquieto que contento.

Las niñeras reales estaban siendo problemáticas. Eran mujeres mayores, estrictas, y él quería algo diferente para sus hijos. Su hijo en particular tenía muchos problemas desde la muerte de su madre. El niño, que siempre había sido encantador con todo el mundo, estaba ahora furioso con todo y con todos.

Gavin necesitaba a alguien menos estricto que la niñera que él había despedido una semana antes. Necesitaba algo, no sabía bien qué, pero en cuanto vio a Prudence Winslow supo que era ella.

Cuando vio que se ponía bizca y sacaba la lengua, pensó que se había equivocado. Incluso que era una demente. Pero entonces se percató de que su hijo estaba detrás del sofá... sonriendo.

Y no esa sonrisa malévolamente que todos habían empezado a temer en palacio porque sólo significaba una cosa: que había estado atormentando a alguno de los perros de la reina, a la niñera, al servicio... sino una sonrisa abierta, franca.

Seis niñeras en seis meses por culpa de un niño de cinco años con el corazón roto, pensó Ryan. La sonrisa de Gavin era en aquel momento como las de antes de morir su madre. Pero cuando vio que su padre lo estaba mirando, la sonrisa desapareció y, sin decir nada, salió de la habitación.

—Ése era mi hijo, Gavin. Perdió a su madre hace trece meses y lo está pasando muy mal.

Y entonces vio en los ojos de Prudence Winslow lo que tenía que ver. No beligerancia y reto, sino una tremenda comprensión, una tremenda suavidad. Tanta que lo hacía anhelar...

Pero Ryan mató ese pensamiento antes de formularlo del todo. Había anhelado eso durante el tiempo que duró su matrimonio. Entonces era muy joven y esperaba lograr la felicidad a pesar de que el matrimonio había sido arreglado por ambas familias. Raina había esperado lo mismo. Había esperado que, casándose con un príncipe, podría olvidar que había amado a otro hombre...

Ryan apretó los labios. No debía recordar esas cosas, sino que tenía dos hijos preciosos.

—También tengo una niña —murmuró, sacando la cartera del bolsillo del pantalón—. Es muy pequeña y no he podido traerla conmigo.

Prudence vaciló un momento antes de tomar la fotografía, pero luego tuvo que sonreír.

Sara ejercía ese efecto en todo el mundo: con los pelitos siempre tiesos y los enormes ojos azules llenos de curiosidad, resultaba una niña deliciosa.

—Tiene trece meses. Mi mujer murió durante el parto.

—Ah, lo siento —murmuró Prue, mirando hacia la puerta por donde había desaparecido Gavin.

Y Ryan dejó escapar un suspiro. Aquella chica querría a sus hijos. Ése era el ingrediente que hacía que una niñera defendiese a los niños con su propia vida.

El cariño.

El ingrediente que faltaba en su vida. Y el que les había faltado a todas las niñeras, incluidas las que cuidaron de él cuando era pequeño.

Dedicadas, por supuesto. Profesionales, naturalmente. Cariñosas, no.

Si estaba en la agencia de la señora Smith, Prudence Winslow debía de ser una buena profesional, pero Ryan lo supo por instinto. El instinto le había dicho que no se casara con Raina, pero entonces tenía veintidós años y su familia lo presionaba...

Desde entonces, sabiendo las consecuencias de hacer algo en contra del instinto, Ryan intentaba prestarle más atención. Desde que vio la fotografía de la señorita Winslow, algo le decía que ella era la persona que necesitaba. Y después de conocerla, estaba convencido.

Aunque seguramente nunca lo llamaría Alteza sin que le diera la risa. Aunque el personal de palacio no estaba preparado para ella, y tampoco él, sabía que sus hijos la necesitaban. Lo había sabido desde que leyó la noticia en el periódico.

—Quiero que piense si le interesa venir conmigo a la isla de Momhilegra. Como... —Ryan era tan incapaz de llamarla «niñera» como ella de llamarlo «Alteza»—. Para cuidar de mis hijos.

Prudence se levantó de un salto.

—Lo siento, pero la respuesta es no. ¿Me da mi gabardina?

—¿No quiere pensárselo siquiera?

—Ya le digo que no puede ser. Estoy muy contenta con mi trabajo.

Entonces lo miró a los ojos y Ryan tuvo que tragar saliva. Pero unos segundos después, cuando ella había salido de la suite como alma que lleva el diablo, se volvió hacia el jefe de su gabinete.

—¿Ronald?

—¿Sí, señor?

—Quiero ver una película. Se llama *Sonrisas y lágrimas*. ¿Puedes buscarla?

—Por supuesto.

—Ah, y necesito algo más.

Ronald escuchó la petición y asintió con la cabeza. Unas horas más tarde, si las cosas iban como Ryan esperaba, la señorita Winslow se habría quedado sin empleo.

Otro hombre habría pensado que hacer algo así era impresentable, pero Ryan Kaelan era un hombre disciplinado que había conocido una sola realidad durante toda su vida; y la realidad era que el deber estaba antes que sus deseos o sus sueños.

Por supuesto, en cuanto a su matrimonio, había sido un completo desastre, pero él no iba a casarse con la señorita Winslow. Sólo iba a contratarla. No se le ocurrió pensar que Prudence Winslow se pondría furiosa. A la gente le gustaba trabajar para él y recibían compensaciones que no recibirían en ningún otro sitio. Si era una mujer razonable, la inicial negativa se convertiría en agradecimiento.

Con eso solucionado, Ryan se dispuso a ver *Sonrisas y lágrimas*, con Julie Andrews como protagonista. Invitó a Gavin a verla con él, pero su hijo estaba enfrascado en un videojuego en el televisor de su cuarto. Porque no quería estar en la misma habitación que su padre.

La película era entretenida, una diversión para sus frustraciones. Pero cuando apagó el video, Ryan se quedó pensativo.

¿Diez veces como María, la díscola y peculiar niñera? Entonces no sería una mujer muy razonable. Además, María jamás habría mirado a un hombre como Prudence Winslow lo había mirado a él antes de salir de la suite.

—Oh, cielos —murmuró, tomando prestada la expresión de la señora Smith—. Oh, cielos...

## CAPÍTULO 2

—¿Me está despidiendo? —exclamó Prudence.

La señora Hilroy juntó las manos y miró alrededor, incómoda.

—No estoy despidiéndote —dijo, suspirando—. Tiene que haber una manera de decir esto y expresar a la vez lo que significas para mí y para Brian. Tengo que prescindir... te dejo libre. Eso es, te dejo libre para que puedas hacer lo que quieras. Para que encuentres algo mejor.

Prudence sabía que, por mucho que quisiera arreglarlo, la señora Hilroy estaba despidiéndola. Por la mañana tenía un trabajo y ahora no lo tenía. ¿Cómo podía pasarle eso?

—Tú salvaste la vida de Brian.

«Menos mal que te acuerdas de eso», pensó Prue.

—Creo que éste es el peor día de mi vida.

—Estás exagerando —dijo la señora Hilroy.

—Probablemente —admitió Prudence, irónica. Lo del peor día era una exageración. El día de la muerte de su padre había sido mucho peor. Las semanas siguientes habían sido sencillamente espantosas. No sólo por el desastre financiero en el que se encontró de repente, sino porque supo entonces que el cariño que esperaba de su padre ya no lo tendría nunca.

Pero aquel día había sido horrible de todas formas. Acababa de perder su trabajo. Un trabajo del que dependía por completo.

Desde su entrevista con el príncipe, Prue tenía un presentimiento. Sin saber por qué, desde que miró aquellos ojos azules, había empezado a verse a sí misma de otra manera.

¡Pero no tenía ganas de hacerlo! No quería hacerse preguntas. No quería saber si se sentía sola o si era feliz de verdad. No quería pensar en el futuro ni dónde iba su vida.

Y, especialmente, no quería preguntarse si la lista de defectos intolerables sería un completo error.

Se alegraba de haberle dicho que no. Seguramente había sido una de las mejores decisiones de toda su vida. Porque a pesar de que el príncipe Kaelan tenía defectos, seguía siendo el cuento de hadas con el que había soñado desde niña. Aunque ahora sabía que sólo era una mentira, una ilusión.

Ningún príncipe iba a rescatarla. Estaba sola y tendría que manejarse sola

en la vida.

Y ahora, después de saber que la señora Hilroy la había despedido, estaba sola y en la calle.

Si hubiera aceptado trabajar con el príncipe, seguramente ganaría más que en casa de la señora Hilroy. Y con toda seguridad, su vivienda sería mejor que aquella habitación en el sótano, entre el calentador de gas y el cuarto de la plancha.

Pero la idea de volver al hotel Waldorf para decirle que aceptaba el trabajo era demasiado humillante. Además, ella no podía trabajar para un hombre con unos ojos como éstos.

Por otro lado, estaba segura de que, si perdía otro trabajo, la señora Smith se lavaría las manos, fuese una niñera heroica o no. Aquélla había sido su tercera oportunidad.

—Es que desde el accidente —siguió la señora Hilroy— necesito estar más tiempo con mi hijo. Espero que lo comprendas. Necesito estar con él porque... ¿y si tú no hubieras empujado el cochecito? ¿Y si Brian hubiera muerto? Estoy cambiando mi tiempo con él por dinero.

Prue dejó escapar un suspiro. En realidad, la entendía. Si Brian fuera su hijo, tampoco a ella le gustaría dejarlo en manos de una extraña.

«Mi trabajo aquí está hecho», pensó.

—Entonces, ¿no tiene nada que ver conmigo? ¿No me despide porque haya hecho algo mal?

—No, no, por Dios. Todo lo contrario. Has sido un soplo de aire fresco en esta casa y mi hijo te adora. Pero... siendo egoísta, quiero que Brian lllore cuando yo me voy de casa, no cuando lo haces tú. Quiero que desee estar conmigo. ¿Lo entiendes?

Era algo completamente razonable.

—¿Cuándo quiere que me vaya? —preguntó Prue, angustiada. No tenía dinero ahorrado ni seguro médico, de modo que necesitaba otro trabajo ya. A pesar de sus esfuerzos por convertirse en una persona independiente, esos reveses de la vida hacían que se sintiera como una fracasada...

—Pero tengo entendido que te han ofrecido otro trabajo —dijo entonces la señora Hilroy.

La comprensión que había sentido por su ex jefa desapareció de repente. Porque acababa de entender.

Intentando contener su famoso carácter, Prue dio un paso adelante y la señora Hilroy dio uno atrás.

—¿Perdone?

—Tengo entendido que te han ofrecido otro trabajo, Prudence. Un príncipe, ni más ni menos. ¿Tú estás loca? ¿Cómo has podido decirle que no a un príncipe?

—¿Y usted cómo sabe eso?

La señora Hilroy se quedó callada.

—¿Quién le ha dicho que me han ofrecido ese trabajo, la señora Smith?

—En realidad, hablé primero con Abigail. Estaba muy disgustada porque no quería dejarte ir... pero luego me llamó él personalmente.

Él personalmente». Seguramente con un tono que correspondía sólo al Papa o al presidente de una nación. Bueno, quizá también a un miembro de una familia real.

—¿Ha hablado con él?

—Por teléfono. Nunca había hablado antes con un príncipe. Es encantador, la verdad.

La señora Hilroy tenía la misma expresión que aquellas adolescentes que esperaban al príncipe Kaelan frente a los ascensores del hotel Waldorf.

—Parecía un hombre muy simpático.

«Un hombre muy simpático». Un arrogante que siempre se salía con la suya, más bien. Y eso no podía ser. Prudence decidió que la arrogancia sería a partir de entonces el primer defecto intolerable en su lista para los hombres y para los posibles jefes.

—Le ha dado dinero para que se librase de mí.

—Me ha ofrecido una... compensación económica, sí. Para que pudiera quedarme en casa con Brian.

—¡Esto es increíble! ¡Ha jugado con su punto débil, el cariño que siente por su hijo! Ese hombre es capaz de cualquier cosa.

—¡No fue así! Se mostró muy comprensivo...

—¡Es un demonio! —la interrumpió Prue.

—Por favor, Prudence...

—¿Qué cree, que el demonio tiene cuernos y rabo? Oh, no, no, el demonio se disfraza de príncipe ni más ni menos y nos tienta con aquello que más deseamos. Claro que se muestra comprensivo...

—Prudence, tú no eres ninguna experta en demonios.

—¡Me ha vendido usted por unas monedas de plata! —la acusó Prue, tan poco diplomática como siempre.

—Las personas no pueden vender a otras personas...

—¿Ah, no? ¡Pues ese príncipe cree que sí!

—Por favor, Prudence, tranquilízate. Esta es una oportunidad para ti. Deberías pensarlo.

En cierto modo, Prue sabía que era verdad. Sabía que aquélla era una segunda oportunidad y que el príncipe Ryan Kaelan no era el demonio. Que los demonios contra los que estaba luchando estaban dentro de ella.

Pero era un hombre que podía hacerle mucho daño. Además, ella no estaba interesada en ser razonable y prefería actuar por impulso.

—Ya lo he pensado.

En ese momento sonó el timbre y la señora Hilroy se puso colorada.

—Debe de ser él.

—¿Qué?

—Dijo que vendría alrededor de las nueve. Imagínate, un príncipe en mi casa... ¿Tú crees que debo ofrecerle galletas a un príncipe?

—¿Galletas? ¡Señora Hilroy, no siente al demonio en su propio salón! No puedo creer que tenga la poca vergüenza de venir aquí. ¡Es intolerable! ¿Qué se supone que debo hacer yo, guardar mis cosas en la maleta y seguirlo a... ni se sabe dónde?

—Momhilegra está entre Inglaterra e Irlanda.

—¿Lo ha hablado con él? —exclamó Prue, atónita.

¿Qué le habría contado? ¿Qué secretos sabría Ryan Kaelan sobre ella? Secretos que eran sagrados y no debían compartirse con nadie. Por ejemplo que, a veces, cuando Brian le echaba los bracitos al cuello, se ponía a llorar como una tonta. La señora Hilroy se puso colorada.

—No, no lo he hablado con él. Nuestra conversación fue muy breve.

Prue suspiró, aliviada. Porque pensaba decirle que no a aquel arrogante, a aquel aprovechado que acababa de dejarla sin trabajo. Y se quedaría tan a gusto.

—Es que miré un atlas. Después de colgar —el timbre volvió a sonar, ahora con un tono más impaciente—. Me parece que es de mala educación dejar a un príncipe esperando —observó la señora Hilroy.

—¿De mala educación? ¿Y dejarme a mí sin trabajo es de buena educación? —exclamó Prudence.

—Creo que te lo estás tomando a la tremenda. Te ha ofrecido un trabajo estupendo, mujer. Quiere que seas la niñera de sus hijos, no incluirte en su harén.

La señora Hilroy se puso colorada. Prudence también. Pero para no seguir

dándole vueltas a esa erótica imagen, salió de la habitación y subió los escalones de dos en dos. Cuando llegó a la puerta estaba tan furiosa que podría haberle mordido.

Pero quien estaba al otro lado era el pobre Ronald, calado hasta los huesos.

—Me alegro de volver a verla, señorita Winslow.

Ronald sólo estaba haciendo su trabajo, pensó. Pero no era momento para debilidades.

—Dígale a Su Alteza que no pienso irme a Irlanda —le espetó, antes de cerrar de un portazo. Pasó un segundo y luego volvió a sonar el timbre.

Prudence abrió y Ronald seguía allí, haciendo lo posible por parecer distinguido a pesar de todo.

—No pienso trabajar para él ni ahora, ni mañana ni nunca. Aunque fuera el último puesto de trabajo en la tierra, aunque yo estuviera muerta de hambre, aunque...

—Voy a tener que recordar muchas cosas, señorita. Quizá podría decírselo usted misma. Está en el coche.

Prudence miró por encima del hombro del educado ayudante y vio una limusina negra aparcada frente a la casa. Pero no podía ver al príncipe porque tenía las ventanillas tintadas.

—¿Ha destruido mi vida y se supone que, además, tengo que mojarme para decirle que no me interesa trabajar para él? Pues no, de eso nada. Pero bueno... ¿qué espera? ¿Que le pida perdón por no dejar que dirija mi vida como a él le parece?

Ronald la miró, esperanzado.

—¡Pues dígle de mi parte que se puede ir al cuerno! —exclamó Prudence, cerrando con más fuerza que antes.

Luego apartó un poco la cortina para ver a Ronald correr bajo la lluvia hasta la limusina. Le daba un poco de pena y esperaba que el príncipe no matase al mensajero.

—Ya no eres la chica que eras hace seis meses —murmuró, orgullosa de sí misma.

Ryan observó a Ronald entrar en la limusina y sacudirse el agua de los hombros.

—¿Está haciendo la maleta?

—Me temo que no, señor.

—¿No?

—No, la señorita Winslow ha decidido no aceptar el puesto.

Ryan lo pensó un momento. Había hablado con la señora Smith por la tarde, había acordado con la señora Hilroy que le daría una interesante compensación económica si despedía a Prudence...

—¿Te ha dicho por qué?

—No exactamente, señor.

—¿Qué significa eso?

Ronald vaciló un momento y Ryan entendió. Pero no entendía que aquella chica fuese tan ingrata. Había salido el hotel, cuando estaba lloviendo a mares, sólo para ir a recibirla personalmente.

—Ha dicho que se vaya usted al cuerno.

—¿Que me vaya dónde?

Aunque los dos sabían perfectamente que lo había oído, Ronald lo repitió. Y después añadió:

—Y que no pensaba mojarse para decírselo personalmente.

Nunca, en toda su vida, nadie le había dicho algo así. La relación con su esposa no había sido buena, pero jamás se habían insultado o hablado de forma grosera. No, ella lo había matado despacio, con amabilidad, mirándolo sin verlo.

Ryan intentó sentirse indignado, pero no podía. Aunque se sentía extrañamente intrigado.

—Pues entonces habrá que darle una oportunidad para que me lo diga personalmente sin mojarse —suspiró, abriendo la puerta de la limusina.

—No me parece buena idea, señor —le advirtió Ronald. Pero tenía una sonrisa en los labios.

Ryan llegó hasta la puerta de la casa en un par de zancadas. Al hacerlo, vio que se movía una cortina y no le extrañó nada que aquella pequeña bruja estuviera espiándolo. Llovía a cántaros y en esos pocos metros se había empapado, algo por lo que, seguramente, ella se estaría regocijando. Y tuvo que llamar al timbre tres veces antes de que abriera, aunque sabía perfectamente que estaba en la puerta.

Cuando abrió, Prudence Winslow lo miró con un gesto de desafío, en absoluto contrita por haberlo hecho esperar bajo la lluvia.

Estaba guapísima. El moño y el atuendo de niñera con el que había aparecido en el hotel por la tarde habían desaparecido. Se había dejado el pelo suelto, cayendo sobre los hombros como una hoguera, y llevaba una especie de camisola de satén cuyas delicadas tiras parecían incapaces de

sujetar su amplio busto. Debajo de la camisola, unos vaqueros bajos de cadera con un cinturón de cuero. Iba descalza.

El atuendo que había llevado al hotel, aprobado seguramente por la señora Smith, no le había dado indicación alguna de que hubiera en ella algo tan sensual, incluso tan bohemio. Aunque la melena pelirroja debería haber sido una pista.

Prudence Winslow era preciosa. Una complicación para una niñera, desde luego.

—Buenas noches —dijo Ryan, como si estuviera recibéndola en la puerta de su palacio para acudir a un baile, como si no estuviera lloviendo a cántaros.

—¿Buenas noches? ¿Buenas noches? ¿Cómo se atreve? —le espetó ella—. ¿Cómo se atreve a actuar como si no acabara de destrozar mi vida?

—¿Destrozar su vida? Eso es absurdo. Le, ofrezco un puesto de trabajo mucho mejor que el que tiene ahora. ¿Cómo que le he destrozado la vida?

—¡No puede hacer eso!

—¿No puedo? ¿Por qué no?

—¡Porque no puede ser! ¡Esto es Estados Unidos, no un sistema feudal donde usted se fija en una campesina que pasea por las calles de piedra con una cesta llena de verduras y se la lleva a palacio cuando le apetece!

Ryan debería haberse sentido ofendido por esa descripción tan absurda de su país, pero en realidad le hizo gracia.

El apellido Kaelan significaba en gaélico «poderoso en la batalla» y empezaba a intuir que aquella chica iba a ser una guerra.

Un hombre más sensato se habría dado la vuelta y se habría olvidado de aquella chica para siempre. Un hombre más sensato habría llamado a la señora Smith para pedirle que le buscara cualquier otra niñera.

Ryan Kaelan había sido siempre un hombre inteligente, sensato, controlado, nada dado a apasionamientos. Era un hombre que sabía tomar decisiones meditadas y sopesar todos los factores hasta que tenía la respuesta más adecuada.

Pero en lo único que podía pensar era en enredar los dedos en aquella melena pelirroja, en atraerla hacia él y besar esos labios...

Ese pensamiento lo dejó tan sorprendido que dio un paso atrás.

—Le advierto que no puede comprarme —siguió ella—. Le he dicho que no y es que no.

—Si quisiera ser razonable durante un minuto...

—¿Razonable? ¿Razonable? ¿Acaban de despedirme por su culpa y quiere que sea razonable?

—Pues sí, la verdad es que sí.

—¿Ah, sí? Pues espere un momento, voy a ser razonable.

Prudence Winslow entró en la casa y volvió un segundo después con un jarrón lleno de flores... que le tiró a la cabeza. Afortunadamente, Ryan pudo apartarse a tiempo, pero el jarrón se hizo pedazos contra el pavimento.

—¡Mire lo que me ha obligado a hacer! Y luego cerró dando otro portazo.

Ryan se quedó donde estaba, calado hasta los huesos y sin que eso le preocupara lo más mínimo.

Evidentemente, acababa de descubrir que Prudence Winslow sería una niñera absolutamente inadecuada, un problema para el anticuado personal de servicio de palacio y... para su país.

Acababa de gritarle al príncipe Ryan Kaelan, de la casa Kaelan en la isla de Momhilegra. Acababa de tirarle un jarrón a la cabeza.

Debería estar furioso. Debería darse cuenta de que aquella chica no estaba preparada para ser la niñera de sus hijos.

Jamás en su vida lo habían tratado así. Y jamás en su vida se había sentido así. Vivo.

Completamente vivo, como si la lluvia fuese fuego y no agua y estuviera calentando su piel en lugar de enfriarla.

Ryan metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y corrió hacia la limusina, donde Ronald lo esperaba con la puerta abierta. Cuando entró, su edecán se colocó tras el volante y arrancó sin decir nada. Pero cuando estaban llegando al hotel se atrevió a preguntar:

—¿Le ha tirado el jarrón a usted, señor?

—Sí —contestó Ryan.

Y, a pesar de todo, el asunto no había terminado. En lugar de eso, estaba revisando la situación como haría un guerrero tras una batalla perdida; buscando errores, analizando nuevas tácticas, planeando estrategias.

Estaba claro. Un hombre no podía ganarse a una mujer como aquélla dándole órdenes. Tendría que cortejarla.

Si sintió una punzada de incomodidad ante la palabra «cortejar» cuando estaba intentando contratar a una niñera para sus hijos, Ryan la apartó a un lado. Él tenía una naturaleza competitiva. En toda su vida nunca había fracasado cuando quería algo.

«Salvo» le dijo una vocecita, «el amor de tu esposa».

Ryan se recordó a sí mismo la sonrisa de Gavin en el hotel. Eso le daba ánimos. No pensaba aceptar la derrota. Pensaba ganar, era así de sencillo. Prudence Winslow era la niñera que quería para sus hijos.

Lo más complicado era cómo convencerla de que era ella la que había ganado. No sería fácil, pero tampoco imposible. Y estaba empezando a trazar un plan...

Ryan tuvo que contenerse para no silbar la canción *¿Cómo se resuelve el problema de María?*, de la película *Sonrisas y lágrimas*.

## CAPÍTULO 3

—Quiero presentar mi renuncia —dijo Prudence, sentada frente al escritorio de la señora Smith.

Abigail Smith la había llamado a las siete de la mañana para que se presentara en su despacho y debía de estar terriblemente decepcionada con ella.

—¿Tu renuncia? ¿Quieres dejar la Agencia?

Prue intentó disimular. ¿No se había enterado del episodio del jarrón? Entonces, ¿por qué la había llamado? En fin, daba igual. Se enteraría tarde o temprano. A lo mejor el príncipe tenía por costumbre levantarse a mediodía.

Prue añadió mentalmente «perezoso» a su ya larga lista de defectos.

—Es que ayer le tiré un jarrón a un cliente de la agencia.

—¿Qué?

—Fue totalmente poco profesional, una falta de control, lo reconozco. Un comportamiento inaceptable para alguien que representa a esta Academia.

La señora Smith levantó una ceja.

—¿Alguien resultó herido?

—No, fallé. Lo siento.

Naturalmente, había sonado como si estuviera disculpándose por haber fallado. Pero la señora Smith parecía distraída, como si no estuviera escuchándola del todo.

—Yo no siempre he sido Abigail Smith —dijo entonces, pensativa.

—¿Ah, no?

Prue siempre había pensado que la señora Smith llevaba cien años siendo «la señora Smith».

—¿Sabes que nací en Rusia?

—¿En serio?

—Mi nombre era Zivaa Plouffnikoff y nadie que haya nacido en Estados Unidos puede imaginar los horrores que sufrimos en mi país en aquella época.

¡Prudence no se habría quedado más sorprendida si le hubiera confesado que se había sometido a una operación de cambio de sexo!

—Tuve la oportunidad de salir de allí y la aproveché. Al principio no estaba segura. Tenía a mi familia, a mis amigos... Mi madre era ya mayor. Si me marchaba de Rusia, ¿volvería a ver a mis hermanas? Todo lo que conocía

estaba allí. Además, la oportunidad estaba llena de riesgos. Para mí y quizá también para ellos. Pero algo me decía que debía aprovecharla y lo hice. El camino no fue fácil, te lo aseguro. Enterré a mi marido, pero conservé su apellido, me libré del acento ruso y me reinventé con los años. Por necesidad, abrí esta Academia... —Abigail Smith se quedó un momento en silencio—. Nunca he lamentado la decisión que tomé hace tantos años y me pregunto si pensaría lo mismo de haberme quedado en Rusia.

—Supongo que siempre se habría preguntado: ¿y si lo hubiera hecho?

—Sí, creo que tienes razón. Yo creo que la vida nos ofrece a veces la posibilidad de vivir una aventura, de cambiar de paisaje. Para descubrir quiénes somos en realidad debemos dejar atrás la seguridad de lo conocido. ¿Tú has hecho eso alguna vez, querida?

Prue pensaba que eso era exactamente lo que había hecho cuando dejó de buscarse a sí misma en los demás... específicamente en los hombres.

—¿No cree que eso es lo que llevo haciendo desde el año pasado? ¡Soy la viva imagen de la princesa que se convierte en mendiga! Estoy viviendo de forma tan diferente a como vivía hasta hace un año, que deberían darme otro pasaporte.

Y algunos días en ese pasaporte su dirección habría sido el infierno. Pero otros días, los buenos, Prue sentía como si hubiera descubierto un gran secreto.

—Ya —murmuró la señora Smith, en absoluto convencida.

—¡Me encanta mi trabajo! —insistió Prudence. Una no podía seguir siendo una niña mimada cuando su trabajo consistía en jugar en el parque con niños.

—No, te encantan los críos. No es lo mismo. Lo que tú necesitas es una vida en la que haya esperanza... alguna posibilidad de mejora, de progreso.

Prue frunció el ceño. Ella pensaba que eso era lo que estaba consiguiendo. ¿Debería hablarle a la señora Smith de su trabajo en el comedor para indigentes?, se preguntó.

Pero entonces se dio cuenta de lo que estaba pasando. La señora Smith intentaba prescindir de sus servicios de la mejor manera posible. No necesitaba una carta de renuncia cuando ya había pensado despedirla. Prudence se preguntó si habría batido algún récord: ser despedida dos veces en menos de veinticuatro horas.

—También creo que una vocecita te está diciendo que aproveches esta oportunidad, pero tu naturaleza obstinada te lo impide.

—¿Qué oportunidad?

—Trabajar para el príncipe Ryan Kaelan. Salir del terreno familiar, literal y figuradamente. Ver lo que pasa en el mundo.

—No creo que después de tirarle un jarrón lleno de tulipanes el príncipe siga queriendo que trabaje para él.

—No parece sensato, no —asintió la señora Smith, mostrándole un documento—. Éste sería tu sueldo.

Prudence se quedó boquiabierta. Y desolada. Pero no por ella misma, sino porque con aquel sueldo podría haber aportado mucho al comedor. Vamos, incluso podría haber adoptado a un par de personas en situación extrema.

—Es un dineral para una niñera.

—El príncipe dice que paga a sus niñeras lo mismo que le paga a su piloto porque los dos están a cargo de la vida de sus hijos. No sé si te das cuenta de lo raro que es encontrar un hombre con esos principios...

Prue tragó saliva. Sí, lo sabía. La oferta era increíblemente generosa y, sus principios, muy honorables. Ella sabía por experiencia lo poco que valoraban muchas personas el trabajo que hacían las niñeras.

El príncipe Ryan Kaelan valoraba a sus hijos y a las personas que cuidaban de ellos. Entonces recordó su expresión mientras miraba la fotografía de su hija... ¿por qué no había pensado en eso antes de tirarle el jarrón a la cabeza?

Porque ella no quería creer en príncipes. No quería creer que nadie, salvo ella misma, sería capaz de ofrecerle un final feliz.

—Ésta es una fotografía de la suite para la persona que ocupe el puesto.

De nuevo, Prudence se quedó boquiabierta. Era una habitación de techos altos y grandes ventanales, con una cocina separada del salón por una encimera de madera. Parecía haber un patio privado tras las puertas correderas de la cocina...

Prue cerró los ojos al pensar en lo que su maldito temperamento le había hecho perder.

Pero ¿y su promesa? Una simple promesa podría derretirse ante unos ojos como los del príncipe Kaelan, de modo que quizá sí fuera un demonio disfrazado.

—Además, en palacio hay una segunda niñera para que la primera tenga las noches y los fines de semana libres —siguió la señora Smith.

Por otro lado, ¿para qué servía una promesa si no era capaz de pasar una simple prueba? Oh, no pruebas tontas como sonreír o no a un chico que se parecía a Brad Pitt. Pruebas importantes, como si podría seguir siendo ella

misma al lado de un hombre como el príncipe.

—Ay, Dios mío, qué tonta he sido.

—Recuerda eso cuando vuelvas a verlo.

—¿Qué?

—El príncipe está esperando en la sala de juntas.

¿Estaba esperando en la sala de juntas? El valor de Prudence se evaporó. Prefería darle su carta de renuncia.

—No puedo volver a verlo, señora Smith. ¡Le tiré un jarrón a la cabeza! ¿Cómo voy a enfrentarme a él?

«Además, había jurado no seguir buscando al príncipe azul. ¿Cómo voy a mantener mi promesa con un hombre como él? ¡Aunque tenga los dientes torcidos!».

La señora Smith carraspeó.

—Yo creo que, aunque no aceptes el puesto, podrías disculparte...

—¡Pero si hizo que la señora Hilroy me despidiera!

—Para ofrecerte un puesto muchísimo mejor.

—Sí, bueno...

—Si te disculpas demostrarás que tienes carácter —insistió Abigail Smith—. Aunque me temo que eso nadie lo duda —añadió, suspirando.

Pero fue precisamente el carácter de Prudence lo que hizo que, al verlo en la sala de juntas, con la misma expresión arrogante del día anterior, se olvidase por completo de las disculpas. De repente, le resultaba difícil recordar que era un hombre de principios, un hombre generoso y un príncipe por dentro y por fuera.

No, lo único que podía recordar era que él la había colocado en esa humillante posición, que él era el culpable de que ya no tuviera un puesto de trabajo. Se había portado como si ella fuera una sierva, como si pudiera hacer su santa voluntad con la vida de los demás.

Ryan Kaelan no era mejor que los demás hombres, era peor. Porque estaba demasiado acostumbrado a dar órdenes y a que estas órdenes fueran obedecidas sin rechistar...

Prue dejó escapar un suspiro. Ella siempre había sido sincera consigo misma y debía reconocer que quería ponerle una etiqueta al príncipe para proteger su corazón, debilitado por haber leído historias de amor desde que era pequeña. Para protegerse de esa sensación de mareo que sufría cada vez que él estaba cerca.

—Siento lo de anoche —dijo a toda prisa—. Perdí la cabeza... La señora

Smith dice que eso es algo incurable en todos los pelirrojos y creo que tiene razón. Lo siento, pero no estoy capacitada para trabajar con usted, así que adiós... Alteza.

Y luego se dio la vuelta e intentó escapar de la sala de juntas. Había querido pensar en el trabajo, en el dinero, en los preciosos aposentos de palacio. Pero al final lo más importante era la supervivencia. ¿Qué tenía aquel hombre que lo hacía tan peligroso?

Pero cuando llegó a la puerta, él la sujetó del brazo.

El olor de su colonia le parecía maravilloso... Pero no debía pensar esas cosas. Aquel hombre estaba intentando entrevistar a una niñera, no a una futura reina.

—¿Por qué no se sienta un momento, señorita Winslow? Sólo necesito cinco minutos.

El príncipe Kaelan estaba bloqueando la puerta, de modo que no tenía alternativa. Prudence se dejó caer sobre una silla.

—Ha hecho que me despidieran —le espetó para no pensar en sus ojos.

—Sé que yo soy responsable de eso y le aseguro que pienso compensarla. Mi intención es que sea usted feliz.

Esa frase la dejó sin aliento. Sólo había dicho que quería compensarla, pero para ella fue como si estuviera diciendo que ya no tendría que hacerlo todo sola, que no tendría que ser fuerte en todo momento, que no tendría que confiar en sí misma y sólo en sí misma para todo en la vida.

Prudence intentó recordar que eso era lo que quería; ser una mujer fuerte que confiaba en sí misma.

Pero el príncipe había dicho esas palabras de una forma tan solemne que parecía una promesa. Y la intensidad con que la miraba la hacía temblar por dentro.

Y ella no quería ser débil. Odiaba ser débil. Cuando murió su padre descubrió que estaba completamente sola en el mundo. Sería absurdo pensar que, por un accidente del destino, iba a conseguir todo lo que siempre había deseado...

—Por favor, escúcheme —insistió él.

Y en ese momento no parecía un príncipe, sino un hombre normal. Un hombre con el que Prue podría soñar.

Pero ella no quería soñar con ningún hombre, se recordó a sí misma. Eso era algo que ya había hecho en el pasado. ¿Con cuántos hombres había salido? ¿Mil? Y todo había terminado cuando llegó el momento de la verdad, el

momento más importante para ella: el primer beso.

No debería haberla sorprendido. Muchos tenían defectos que deberían haberla avisado de que fracasarían en la prueba final. Aun así, seguía esperando... para descubrir en cuanto sus labios se rozaban que era el hombre equivocado.

Por otro lado, no podía vivir siempre como una monja, encerrada en sí misma y en un mundo donde no tenía que enfrentarse con sus propias debilidades.

El mundo estaba lleno de tentaciones. El objetivo era triunfar sobre ellas... no alejarse corriendo. No estaba haciendo aquella larga jornada para descubrir que era una cobarde. Debía ser sensata y escuchar su proposición. Tenía que confiar en su propia madurez antes de tomar una decisión madura.

—Vengo de un país donde nací ya en una posición de poder —empezó a decir el príncipe, sentándose a su lado—. Sé que fue muy presuntuoso por mi parte venir a este país, famoso por su individualismo, e intentar obligarla a hacer algo que usted no quería hacer.

Prudence hizo una mueca. No se estaba portando como el imbécil arrogante que ella había pensado que era.

—Exactamente. El respeto hay que ganárselo, no es algo que venga dado por nacer en tal o cual familia.

—Aunque creo que tomó usted la decisión de no trabajar para mí de forma impulsiva —siguió él, como si no la hubiera oído—. Y quiero pensar que puedo hacerla cambiar de opinión.

—¿No me diga?

—¿Va a volver a tirarme un jarrón?

—¡Estoy intentando contenerme!

—Veo que lo del carácter de las pelirrojas podría ser cierto —sonrió el príncipe.

—Pues no se preocupe por eso, porque estoy pensando en teñirme.

—Eso sería un terrible error.

—Es una decisión personal y no necesito ayuda para tomarla.

—Yo creo que usted debe ser exactamente lo que es.

—La mujer que le tiró un jarrón a la cabeza —le recordó Prudence. Y el príncipe sonrió—. ¿Le parezco graciosa?

—Sí, lo es. Me resulta muy simpática.

Prue hizo un esfuerzo para no sonreír. No era el momento. Ella quería que la respetase, que la tomase en serio. Reírse en ese momento sería como pensar

en Kelpie envuelto en papel higiénico durante el funeral de su padre...

De modo que, naturalmente, soltó una carcajada.

Y él también. Fue un momento traidor, un momento en el que dos personas descubren que podrían tener algo en común, compartir el mismo sentido del humor, tener esos raros ingredientes que hacen que dos personas se conviertan en amigas.

Pero Prudente se dio cuenta de que estaba, de nuevo, dejándose llevar por su vicio favorito: la fantasía. De modo que se cruzó de brazos y dejó de sonreír.

—¿Permite que le enseñe un par de cosas? —le preguntó él entonces.

—Qué remedio.

—Cuando haya terminado, si sigue negándose a trabajar para mí, lo aceptaré. No volverá a verme nunca más.

«No volverá a verme nunca más».

Esas palabras la entristecieron más de lo que deberían. ¿No volver a verlo nunca? Se dio cuenta entonces de que un mundo en el que no pudiera volver a ver esos ojos sería un mundo muy triste.

Pero tener esos pensamientos durante una entrevista de trabajo era horrible. De modo que lo mejor sería levantarse y decirle adiós.

Naturalmente, como sería lo más sensato, Prudence no se movió.

—Muy bien. Enséñeme lo que tenga que enseñarme.

Y el príncipe sacó una fotografía. Era una isla cubierta de niebla, con abundante follaje, un magnífico oasis sagrado lleno de misterio.

—Ésta es la isla de Momhilegra, mi país.

Luego siguió mostrándole fotografías de carreteras, casas, calles empedradas, precipicios, árboles majestuosos. Mientras lo hacía hablaba en voz baja de su gente, del clima, de las industrias de su país; la más predominante de todas, la industria de la música.

—¿Momhilegra significa Isla de la música? —preguntó Prudente, sorprendida y encantada por aquellas fotografías.

—No, en realidad es un nombre gaélico. Significa «mis mil amores».

Qué injusto era eso para una mujer que había soñado precisamente con eso. Que había buscado eso en mil caras que ya no podía ni recordar. Y qué injusto que la hiciera pensar en cosas en las que no debería pensar mientras hablaba con un príncipe... de verdad.

—Un nombre sorprendentemente romántico dada la naturaleza guerrera de mis ancestros.

Desagraciadamente, Prudence podía verlo como un guerrero y esa imagen hizo que su corazón se pusiera en pie de guerra.

—De modo que su país es de cultura gaélica.

—Hay una gran mezcla de culturas, en realidad. En parte escocesa, en parte galesa, en parte inglesa. Tenemos tradiciones de los vikingos y algunas nuevas. Pero somos únicos en el mundo. La isla es un santuario que nos separa y distingue de los demás.

—¿Y el gobierno es una monarquía?

—Sí, pero una monarquía parlamentaria y menos estructurada que, por ejemplo, la británica. Hace cientos de años, la isla era gobernada por un clan dirigido por un jefe, Kaelan. La leyenda dice que Kaelan fue llamado por el rey Arturo, el rey de Inglaterra. Él sabía que si Inglaterra les declaraba la guerra no podrían ganar, de modo que acudió a verlo. Pero antes, Kaelan se erigió como rey para estar al mismo nivel. Y llevó con él lo que sabía que anhelaba el rey Arturo.

—¿Qué era? —preguntó Prudence.

—Un laúd hecho con la madera especial que sólo crece en los bosques de Momhilegra. Dicen que los instrumentos contruidos con madera de mi país tocan una música llena de magia.

—¿Y es así?

—Ese día, sí. Dicen que Kaelan tocó el laúd y, en lugar de convertirse en enemigos, los dos reyes se hicieron amigos y socios. Los dos países siguen siéndolo hasta nuestros días.

—Sólo es una leyenda, claro —sonrió Prudence, aunque le había encantado que algo tan estético como la música se mezclara con la magia para llevar la paz a dos países.

—Por supuesto—asintió él, tomando un maletín que puso sobre la mesa.

Dentro había un laúd, en forma de pera y muy, muy sencillo.

—Es para usted. Una oferta de paz, decida lo que decida.

—Supongo que es un laúd mágico —dijo Prue, intentando contener la emoción que le provocaba ese regalo. Sabía que, a pesar de la simplicidad del instrumento, estaba mirando algo raro y valioso. Cuando alargó la mano, la madera le pareció inusualmente cálida...

El príncipe tomó el laúd entonces, lo colocó sobre sus piernas y pasó los dedos por las cuerdas. A Prudence se le puso la piel de gallina. Nunca había oído un sonido más... hermoso.

El príncipe empezó a tocar una canción antigua, una melodía simple que,

sin embargo, llevaba a la habitación mil amores y mil penas.

Y esa música parecía llamarla. Parecía pedirle que fuera con ella. Le pedía que fuera valiente, que se atreviera a vivir una aventura. Le susurraba que confiase.

No en él, no en aquel hombre que podía hacer magia con un instrumento musical, sino en sí misma.

—¿Le parece ahora un laúd mágico? —sonrió el príncipe Kaelan.

Prudence supo entonces lo que debía de haber sentido el rey Arturo cuando el rey Kaelan tocó para él. Debía de haber sabido, como sabía ella, que la música estaba intrínsecamente unida al espíritu del hombre que la tocaba.

—Supongo que sí. Debe de ser un laúd mágico.

—Entonces, ¿vendrá a Momhilegra?

Ella asintió con la cabeza. Iba a la Isla de los Mil Amores sólo para ser niñera. Nada más.

Pero con las notas del laúd aún en el aire, no era así como se sentía.

Era como si hubiera estado perdida y, de repente, hubiese encontrado su playa. Era como si una reina hubiera estado durmiendo dentro de ella y acabase de despertar.

Pensamientos peligrosos, desde luego. Absurdos para alguien que había jurado ser pragmática. Pero no podía decir que no. Estaba sumergida en el hechizo de los mil amores.

El príncipe Ryan Kaelan observó a Prudence Winslow firmar el contrato que la comprometía a trabajar como niñera en el palacio de Momhilegra durante al menos un año.

Aquel día llevaba el pelo recogido en una coleta y un traje de rayas oscuras, alegrado por una blusa de color rosa fuerte.

—No entiendo por qué está usted tan empeñado en tenerme... —Prudence se dio cuenta entonces de cómo sonaba lo que acababa de decir—. En contratarme, quiero decir... Al fin y al cabo, le tiré un jarrón a la cabeza. ¿Ésa es la clase de ejemplo que quiere para sus hijos?

—Intentaré no hacerla enfadar —contestó él, irónico.

Sabía que era una mujer apasionada, pero había visto sus ojos mientras miraba las fotografías de su país... Unos ojos que eran tan verdes como la catarata de Myria, llenos de fuerza, de personalidad. Al final, quizá fuera por eso por lo que la había contratado: Prudence Winslow era una mujer de carácter que no se dejaría dominar por un niño de cinco años.

No podía encontrar a alguien así en su país, donde el personal de servicio

mostraba una deferencia casi reverente incluso hacia los miembros más jóvenes de la familia real.

Además, todas las niñeras extranjeras que había tenido eran demasiado rígidas. Tenían demasiadas ideas sobre cómo educar a un futuro príncipe, pero no muchas sobre cómo educar a un niño.

Mientras la observaba firmar el contrato, Ryan se dio cuenta de que estaba encantado. Y quizá no sólo porque Prudence Winslow tuviera la personalidad adecuada para cuidar de sus hijos.

Quizá fuera porque había ganado la apuesta. Ella había dicho que no..., y Ryan podía contar con los dedos de una mano las veces que alguien le había dicho que no en toda su vida.

Creía conocerse a sí mismo y, de repente, estar tan inseguro sobre sus motivos lo turbaba. Y lo turbó más el aroma de su perfume. Él conocía los mejores perfumes de la tierra y, sin embargo, aquel fresco aroma a limón lo dejó cautivado por completo.

Por desgracia, ese perfume hizo que sus motivos fueran aún menos claros.

No, quizá lo que tan desesperadamente quería para sus hijos: risas, espontaneidad, alguien que se portase de forma natural, era lo que quería también para él.

Pero no estaba seguro y odiaba esa sensación. El destino hizo que llevase a casa una joven novia, convencido de que ella acabaría amándolo y...

—Bueno, ¿y cómo debe dirigirse la niñera al rey del castillo? —la voz de Prudence interrumpió sus pensamientos.

Era una pregunta irreverente, pero ésa era una de las cualidades que más le gustaban de ella. A veces Ryan sólo quería ser un hombre normal, no el hombre que algún día sería rey de Momhilegra.

—Cuando estemos solos puede llamarme Ryan. Cuando no estemos solos... en fin, el personal de palacio me llama «señor».

—Muy bien.

—¿Y cómo quiere que la llame yo?

—Señorita Winslow cuando estemos solos. Y cuando no estemos solos, «señorita» —contestó Prudence. Y después soltó una carcajada alegre, llena de vida—. No, es una broma. Puede llamarme Prue.

—Muy bien, Prue. Es un nombre inusual.

—Me lo pusieron por una tía mía que era millonaria, con la esperanza de que se acordara de mí en su testamento.

Aunque había contestado de broma, a Ryan no le gustó lo que eso decía de

su familia. ¿Utilizar a un niño para conseguir fortuna? Eso era terrible.

Aunque no era más horrible que los matrimonios arreglados entre familias poderosas, claro.

—¿Puedo decirle lo que espero de este trabajo?

—Naturalmente —contestó Ryan.

—Quiero que entienda que esto es algo temporal. Una niñera es algo temporal, un padre es para siempre. Que yo cuide de los niños no significa que usted pueda desentenderse de ellos, príncipe o no príncipe.

Unos minutos después, cuando se habían despedido, Ryan pensó que debía añadir «mandona» y «exigente» a la lista de características de Prudence Winslow. No parecía en absoluto atemorizada por su título y, aunque él no quería que lo estuviera, tampoco estaba acostumbrado a que le hablasen de una forma tan directa.

¿Y él pensaba que había ganado? Se sentía como un hombre que hubiera sobrevivido a un terremoto, pero que tenía que mirar alrededor para comprobar que su mundo seguía en su sitio.

Una cosa estaba clara: su mundo no iba a ser el mismo cuando la señorita Prudence Winslow formase parte de él.

Y después de pelear tanto para conseguirla, ¿por qué empezaba a pensar que quizá hubiera cometido un error?

# CAPÍTULO 4

Prudence había crecido rodeada de todos los lujos. Había ido a un colegio privado, había vivido en una mansión, tenía un vestidor lleno de ropa cara, un coche de lujo, vacaciones fabulosas...

Pero mientras subía al avión privado del príncipe Kaelan se dio cuenta de que no sabía realmente lo que era el verdadero lujo. Y era tan malo como el «algún día encontraré a mi príncipe».

No eran las cosas; ella sabía por experiencia que una podía sentirse tan sola llevando un vestido de Óscar de la Renta y conduciendo un Ferrari como cualquier otra persona. Sabía que las cosas no llenaban ese espacio vacío en el corazón.

Pero ahora, después de haber tenido que vivir intentando estirar al máximo un pequeño sueldo mensual, sabía que esas cosas significaban libertad. Ahorrar dinero para comprarse un abrigo no sería una consideración en el mundo del príncipe Kaelan.

Prue dejó escapar un suspiro. Ser pobre le había enseñado muchas cosas sobre sí misma. Le había enseñado que era una persona fuerte, con carácter. Sin embargo, el lujo la atraía y eso le sorprendió.

Le daba miedo. ¿Perdería esa parte de sí misma que había conocido sólo después de la muerte de su padre?

El interior del avión era magnífico, con sillones de piel rodeando una mesa de brillante madera y suelos de mullida moqueta, todo en tonos tierra, beige y blanco. Muy elegante, muy discreto, todo de gran calidad. El auténtico lujo.

—¿Quiere darme su abrigo? —le preguntó Ronald.

—Ah, sí, gracias.

El hombre abrió una puerta y Prudence se quedó helada.

—¡Pero si hay dormitorios!

Cuando asomó la cabeza, esperaba ver literas o algo así, pero lo que vio fue una cama enorme con un edredón de seda salvaje, tan sensual como la guarida de un jeque. La otra habitación era más sencilla, con dos camas gemelas y edredones de satén en los mismos tonos que el resto del avión.

—¿Dónde me siento?

—Supongo que querrá estar con la familia —contestó Ronald—. Ahí es

donde se sienta Gavin. Espero que duerma durante el viaje. Si no..., en fin, últimamente el niño puede ser un poco agotador.

A Prudence le habría gustado preguntar cosas sobre la familia e iba a hacerlo cuando el príncipe Kaelan y su hijo subieron al avión.

Habían pasado cuatro días desde la última vez que vio al príncipe en la oficina de la señora Smith. Y durante esos días, todo aquello le parecía un sueño. De vez en cuando recordaba la voz de Ryan Kaelan, el olor de su colonia, el azul de sus ojos. Pero entonces intentaba hacer un catálogo de sus defectos.

Era una batalla perdida. Pero no podía ser verdad... ¿Había algún hombre en la Tierra, con la excepción de Paul Newman, que tuviera unos ojos como éstos?

Pero ahora que lo veía se daba cuenta de que no eran cosa de su imaginación. Todo lo contrario; eran más bonitos de lo que recordaba.

Iba vestido con un traje de chaqueta, la obligada camisa blanca y una corbata de seda rosa que daba a entender, como el dormitorio, que aquel hombre tenía un lado apasionado. Un lado que poca gente conocía.

Al verlo de nuevo, Prue empezó a dudar. ¿Cómo iba a concentrarse en el trabajo teniendo al lado a un hombre como aquél? ¿Cómo iba a actuar con normalidad?

«Nada de soñar con sus ojos, ni con poesía, ni con perfumes, ni con paseos ni con laúdes mágicos».

¡La señora Smith no explicaba cómo solucionar ese tipo de problema en su Academia!

El avión parecía más pequeño desde que él entró y no había manera de escapar a esa mirada: Además, ¿por qué olvidaba tan fácilmente su arrogancia? Su repentina habilidad para olvidar hizo que Prue se preguntara si estaría a punto de volver a ser la misma Prudence Winslow de antes, la que perdía el tiempo soñando con un hombre que la amara por encima de todo, un marido que la quisiera para siempre, un niño precioso en brazos y un golden retriever. ¡Todo era una variación del infausto «algún día encontraré a mi príncipe»!

Gavin estaba al lado de su padre y Prudence se dio cuenta de que lo primero que debería haber hecho era fijarse en el niño que iba a estar a su cargo.

Ahora se daba cuenta de que el pobre iba vestido... fatal. Con una chaqueta de terciopelo verde y pantalones cortos a juego, camisa blanca y

calcetines hasta la rodilla.

¡Calcetines blancos! Dios Santo, ¿quién había vestido al pobre niño? Parecía un paje en un retrato del siglo XVIII.

—¿Quién ha elegido ese atuendo? —le preguntó a Ronald.

—Me temo que yo —contestó el edecán—. No tenemos niñera, así que... en fin, yo hago lo que puedo.

Prue esperaba que, a partir de aquel momento, elegir la ropa del niño fuera una de sus atribuciones. Por el bien de Gavin.

—Es que les hacen fotografías subiendo y bajando del avión —explicó Ronald, a la defensiva.

—Sí, claro, lo entiendo.

Aunque era algo poco importante, las necesidades de Gavin debían estar por encima de todo lo demás. Aquel atuendo parecía una reliquia del pasado. Era poco práctico e incómodo para un niño de cinco años.

El príncipe la vio hablando con Ronald y sonrió, con esos dos dientes un poco torcidos. Aun así, esa sonrisa podía hacer que una mujer, incluso una mujer ligeramente cínica por las circunstancias de su vida, soñase con cuentos de hadas.

Era la sonrisa de un hombre cuyo sitio estaba en el dormitorio que acababa de ver, la sonrisa inconsciente de un hombre que podía hacerle el amor a una mujer durante toda la noche y...

El príncipe había tomado a su hijo de la mano para acercarse a ella, interrumpiendo así sus alocados pensamientos.

—Gavin, ¿te acuerdas de la señorita Winslow?

«Seducida por un príncipe».

El corazón de Prue parecía a punto de salirse de su pecho, pero eso no iba a pasar. No podía pasar. Ella no lo permitiría.

Al menos la Prudence que había sido durante los últimos seis meses no lo permitiría. ¿Seducida? Antes, sus fantasías terminaban con un beso, no con un acto de seducción. ¿Sería posible que su afición a imaginar escenarios románticos estuviera progresando en lugar de desaparecer?

Pero la verdad era que ella siempre había deseado algo perfecto; tanto que seguía siendo virgen. Nunca había dejado que sus relaciones progresaran más allá de un beso. Besos que había anticipado, soñado... y que siempre habían acabado siendo una desilusión.

O eran demasiado agresivos, o demasiado húmedos, o demasiado pasivos o demasiado nada. Besos que destrozaban la imagen de una boda de ensueño

cuando una lengua hacía lo que no tenía que hacer.

—Ella cuidará de ti y de Sara —estaba diciendo Ryan en aquel momento.

Prudence se dio cuenta entonces de que su relación con Gavin no iba a ser fácil. Tampoco lo había sido con Brian, desde luego. Las primeras palabras del niño cuando llegó a su casa fueron: «Te odio».

—Vaya, no te reconozco —sonrió Prue—. Me parece que vi a un chico que se parecía a ti el otro día, pero era bizco, así que no me pareció tan guapo como tú.

Gavin no parecía encantado con la broma. Y no estrechó su mano, sino que la escondió a la espalda mientras la fulminaba con la mirada.

—*¡Go ithe an cat thu, is go no—ithe an diabhal an cat!*

Prudence intentó disimular su sorpresa. ¿El niño no hablaba su idioma? ¿Por qué no se lo había dicho el príncipe?

—¿Dónde has aprendido a decir eso? —le espetó entonces su padre.

Gavin apretó los labios, pero Prue oyó una tosecilla tras ella y se dio la vuelta. Era Ronald que, como el príncipe, parecía haber entendido perfectamente lo que acababa de decir el niño.

—Da igual dónde lo hayas aprendido —dijo Prudence entonces—. ¿Qué significa?

—Me temo que es una maldición en gaélico —le explicó Ryan.

—Ah, ya veo. Pero no es buena idea decir cosas que uno no entiende —sonrió Prue, inclinándose para estar a la altura del niño.

—¡Yo entiendo lo que significa! —le espetó Gavin.

—¿Ah, sí? No te creo. ¿Cómo un niño tan pequeño como tú puede hablar varios idiomas? Yo sólo hablo uno.

Como había esperado, Gavin hinchó el pecho, orgulloso.

—Significa: «El gato te ha comido a ti y el demonio se ha comido al gato».

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Desde luego, Gavin Kaelan tenía carácter. Además, eso era más original que «Te odio».

—Pues tendría que ser un gato muy grande para que pudiera comerme a mí. No creo que haya gatos tan grandes.

—¡Sí los hay!

—¿Ah, sí? Pues yo no estoy tan segura. ¿Qué tal si me haces un dibujo? De no ser así, no me voy a creer que un gato pueda comerme. Soy altísima.

Gavin consideró la sugerencia durante un segundo.

—Bueno —dijo por fin.

—Estupendo. Vamos a ver si Ronald puede decirme dónde están los

cuadernos y los lápices de colores.

—Necesito uno de color rojo —dijo el niño, como para advertirle que no iba a comérsela un gato cualquiera.

—Sí, es verdad. Y supongo que también necesitas uno naranja.

—¿Naranja?

—¡Para dibujar mi pelo dentro de su boca!

—Ah, sí —asintió Gavin—. Necesito muchos lápices de color naranja.

—Vamos a sentarnos y, en cuanto despegue el avión, nos pondremos a ello —dijo Prudence, con toda seriedad.

—¿Tú también vas a hacer un dibujo?

—Sí, claro.

—¿De un gato que se come a la gente?

—No, eso me daría mucho miedo.

—Sí, te daría miedo —afirmó el niño, convencido—. Ronald, ¿tú sabes dónde están los lápices?

—Por supuesto que sí, jovencito. Ven conmigo.

—Se expresa muy bien —le dijo Prudence al príncipe—. Se nota que pasa mucho tiempo con adultos.

—Pero ha sido muy grosero con usted.

—Era de esperar. A los niños no les gustan las niñeras. Quieren estar con sus padres.

—En este caso, me temo que está equivocada —suspiró el príncipe.

Prue lo miró entonces, pero no vio a un príncipe, sino a un hombre. A un hombre que había perdido a su esposa y estaba intentando criar a sus hijos como le era posible. Le pareció real, no una fantasía, y sintió compasión por él.

—Su hijo lo quiere, de eso estoy segura.

No sabía por qué había dicho eso o por qué lo había dicho con tanta convicción, pero recibió como respuesta una mirada de esperanza.

—Gracias. Espero que tenga razón. Y me alegro mucho de que haya sabido manejar el asunto de... en fin, la maldición. Su antigua niñera había amenazado con lavarle la boca con jabón. Claro que Gavin se vengó de ella entrando en su habitación mientras dormía para pintarle un bigote con un rotulador... de tinta imborrable.

—Gracias por el aviso —rió Prudence—. Guardaré los rotuladores bajo llave, por si acaso. Y cerraré mi habitación con cerrojo.

—Buena idea.

Dos palabras pronunciadas con absoluta inocencia. Y sin embargo, Prue se preguntó contra qué príncipe iba a cerrar su puerta con cerrojo.

—Otra de las niñeras se marchó después de que Gavin pintara las pezuñas de los perros con betún y pusiera gusanos en su ensalada. Ah, también salió corriendo durante un desfile oficial. ¿Estoy asustándola?

Pues sí, así era. Pero no por las travesuras del niño, sino porque empezaba a ver al hombre que había bajo el título, al hombre lleno de preocupaciones y problemas y no al príncipe de Momhilegra. Y no quería ver eso.

—Suelo llevarme muy bien con los niños y debo admitir que me gustan los que tienen personalidad. Es con los adultos con los que tengo ciertas dificultades.

—No la creo. Estoy seguro de que se gana a todo el mundo como me ha ganado a mí.

Algo misterioso quedó colgado entre los dos durante un segundo. ¿Sería un reto?

—Mientras no le tire un jarrón a la cabeza...

—Ah, sí, eso —sonrió el príncipe.

Una azafata se acercó entonces para indicarles que el piloto estaba a punto de despegar.

—Lo siento, señorita Winslow, no podré sentarme con usted. Tengo trabajo que hacer.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de trabajo hace un príncipe exactamente?

—Mi madre es la reina de Momhilegra, pero últimamente no se encuentra muy bien de salud, de modo que yo me encargo de los asuntos de Estado. Lo veo como una empresa. Ella es la presidenta y yo soy algo así como el director general. Momhilegra puede ser considerada como una empresa muy grande y no particularmente fácil de dirigir.

—Bueno, entonces cuando no esté demasiado ocupado podría acercarse para comentar el dibujo de su hijo —sugirió Prudence.

—Lo haré.

Media hora después, Gavin y Prue estaban enfrascados en los dibujos, aunque ella miraba a Ryan por el rabillo del ojo. En cuanto el avión despegó, se había quitado la chaqueta, aflojado la corbata y subido las mangas de la camisa para concentrarse en unos papeles.

Tenía unos antebrazos perfectos...

«No, no, no sigas por ahí», se dijo a sí misma. «Luz de luna, vino, música suave. Todo eso son tonterías».

—Ya está —la voz de Gavin interrumpió su ensoñación—. Ya he terminado.

—¿Eso son los dientes? —exclamó Prue.

—¿A que son grandes?

—¡Parece un tigre dientes de sable! ¡Qué miedo!

—¡Ja, ja! ¡Estás muerta!

—Bueno, yo no estoy tan segura —sonrió ella, mostrándole su dibujo.

—Eso es un cuadrado. Y está torcido.

—No es un cuadrado, es un cubo. Una caja. Y cuando vea al gato, me esconderé dentro de esta caja para que no me coma.

«Eso es», se dijo a sí misma, «así es como tienes que usar la imaginación».

Gavin miró la caja, pensativo.

Y entonces, mucho antes de lo que Prudence esperaba, el niño que tenía el corazón roto le sonrió.

Y ella le devolvió la sonrisa, emocionada.

Ryan intentaba concentrarse en el trabajo, pero le resultaba imposible.

Llevaba cuatro días dándole vueltas al asunto. ¿Había hecho bien contratando a la señorita Winslow?

Quizá no, porque Prudence Winslow lo dejaba... asombrado.

Ahora era su jefe, y siendo su jefe debía tener mucho cuidado. No podía aprovecharse de su posición de autoridad. No podía pensar en su pelo, en sus ojos, en cómo lo recibió aquella noche, antes de tirarle el jarrón, con aquella camisola de seda y los pies descalzos.

No debería pensar ninguna de esas cosas.

El hecho de que fuese el príncipe de Momhilegra significaba que era observado por todo el mundo, que su comportamiento era juzgado por todos.

Él era un hombre sensato, siempre lo había sido. Por muy cansado que estuviera, por muy irritado, nunca actuaba con impaciencia ni con ira. Tenía que mantener una imagen pública y era muy consciente de ello.

Durante seis años de matrimonio nunca había dejado de tratar a su esposa con respeto, en público y en privado. Nadie había sospechado que la suya era una relación fracasada desde el principio. La falta de respuesta cuando tomaba su mano, lo remoto de su sonrisa cuando se acercaba a ella... todo eso había sido un infierno privado para Ryan.

Pero había algo en Prudence Winslow, el color de su pelo, el brillo de sus ojos, un algo especial que amenazaba con hacerle perder el control que había

ejercido con mano férrea durante toda su vida. Su inmensa capacidad de disciplina parecía a punto de romperse cada vez que la miraba.

Porque deseaba tocar ese pelo, deseaba besar esos labios. Y había una parte de él, una parte siempre contenida, que era tan guerrera como lo habían sido sus antepasados. Y esa parte anhelaba perseguirla, retarla... para cazarla después y obligarla a rendirse.

Pensamientos todos completamente infantiles, claro.

«Que el diablo te ahogue», pensó para sí mismo. Ryan dejó escapar un suspiro. Siempre se había creído un hombre fuerte. Un hombre que sabía lo que se esperaba de él y estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta por el bien de su país. Incluso casarse contra su voluntad.

A los veintidós años, y a pesar de no amar a Raina, había esperado que con tiempo y paciencia su esposa acabaría por amarlo. O, al menos, que serían amigos.

Si Raina le hubiera dicho que su corazón le pertenecía a otro hombre...

Pero no había sido así. Y, por lo tanto, Ryan nunca había conocido el amor.

En sólo unos días, Prudence Winslow estaba despertando en él sentimientos que no conocía, obligándolo a hacerse preguntas que no había querido hacerse nunca.

¿Tenía él derecho a una vida como los demás hombres, además del papel que estaba obligado a interpretar por el bien de su país? ¿Tenía derecho a conocer el amor apasionado entre un hombre y una mujer?

Pero ¿cómo iba él, en su posición, a explorar esos sentimientos sin hacerle daño a alguien? Ryan la miró entonces. Estaba inclinada hablando con su hijo, muy concentrada. Como siempre, algunos rizos rebeldes se habían soltado del moño. Llevaba un traje de chaqueta azul y zapatos planos...

Era como si hubiera copiado el estilo de la Supernanny.

Pero si no dejaba de pensar en ella cuando iba vestida así, no quería ni imaginar lo que pasaría si vistiera de otra manera...

Tenía que despedirla, decidió. ¿Y si la despedía en cuanto llegasen a Momhilegra? Después de haber hecho todo lo posible por contratarla, quedaría como un idiota. Pero la compensaría, por supuesto.

Y seguramente ella le tiraría algo a la cabeza. Entonces Ryan oyó reír a su hijo. Una risa bonita, infantil. No la risa maléfica que todos temían en palacio.

Y sólo aquella mujer lo hacía reír así.

Si tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano mientras Prudence estuviera en su país, lo haría. A veces ser fuerte, ser un guerrero, no consistía en tomar las

armas, sino en renunciar a lo que uno podría tener.

Recordando la promesa de echar un vistazo al dibujo de su hijo, Ryan se levantó para acercarse a ellos.

—¿Puedo verlo?

Gavin apartó el papel para esconderlo de su padre.

Prudence pasó la mirada de uno a otro, sorprendida. Evidentemente, Gavin estaba enfadado con él, pero no sabía por qué.

—Quizá usted también podría dibujar algo —sugirió, al ver la expresión herida del príncipe.

¿Hacer un dibujo? ¿De qué? Ryan estaba a punto de negarse y volver al trabajo cuando vio que Gavin lo estaba mirando por primera vez en mucho tiempo con cierto interés.

De modo que tomó los lápices de colores y dibujó un ratón rojo... aunque no se parecía mucho a un ratón, la verdad.

—Mira, esto es para que se lo coma tu gato cuando tenga hambre. Mucho mejor que comerse a la señorita Winslow, ¿no?

Gavin estudió la oferta seriamente.

—Bueno —dijo por fin—. A lo mejor tiene hambre porque la señorita Winslow...

—¡Prue, por favor!

... piensa esconderse en una caja.

—¿Ah, sí? ¿Puedo verla?

Prudence se la enseñó y el dibujo lo hizo sonreír. Entendía lo que estaba haciendo: meterse en el mundo de Gavin en lugar de esperar que el niño entrase en el suyo.

Y sintió un alivio tremendo. Porque durante los últimos días no dejaba de preguntarse si había cometido un gravísimo error contratando a Prudence Winslow.

Estaba claro que no era así.

Pero sus labios eran tan generosos, su sonrisa tan abierta, sus ojos tan llenos de vida... que Ryan tuvo que tragar saliva.

¿Sería capaz de resistirse a sus encantos?, se preguntó. Para eso le haría falta una clase de valentía que no había necesitado nunca hasta aquel momento.

# CAPÍTULO 5

—Buenas noches. Prue-lue —Gavin enredó los bracitos alrededor de su cuello y apretó la mejilla contra la de Prudence. Olía a champú y a gel de frambuesa, el dulce olor de la inocencia.

Prue se preguntó qué otro trabajo en el mundo podría tener unos beneficios como aquél. Y cómo ella, después de sólo un mes, podía querer tanto a aquel niño. Había habido retos en el camino, desde luego, pero su sensibilidad y su rebeldía habían logrado que lo quisiera aún más. Como aquella noche, por ejemplo. Gavin estaba intentando esconder que su padre había herido sus sentimientos, pero ella podía verlo en el brillo de sus ojos.

—Buenas noches, Gavin McWavin.

Luego le tiró un beso desde la puerta y el niño se lo devolvió, aunque sin gran entusiasmo. Luego fue a ver a Sara, que dormía en su cunita con un dedo metido en la boca. Olía a Idelle, la niñera de noche, una chica de diecisiete años que estaba estudiando en la sala de juegos.

Suspirando, Prue atravesó el pasillo que llevaba a sus habitaciones.

Su apartamento era precioso, lleno de luz, muy acogedor. Un sueño, en realidad.

Después de hacerse una taza de té, se acercó a la ventana para mirar el prado verde rodeado de árboles que llegaba hasta el mar. Había luna llena aquella noche y las olas cubiertas de espuma blanca explotaban contra las rocas.

Había llegado a Momhilegra en plena noche, pero incluso en la oscuridad la isla parecía llamarla. Había podido oír el viento entre los árboles y oler la fragancia de los bosques mezclada con el olor del mar. El palacio, en realidad una edificación amurallada que parecía más un castillo, tenía torres de vigilancia que se alzaban hacia el cielo. Y Prudence se había quedado sin aliento al verlo.

Nada la había desilusionado, al contrario. Sus habitaciones eran preciosas, más grandes de lo que parecían en las fotografías, y su relación con Gavin era mejor cada día. Sí, era un niño obstinado y difícil, pero sólo era un crío que había construido una fortaleza alrededor de su corazón tras la muerte de su madre porque, sencillamente, no lo entendía. El instinto le decía que el niño estaba esperando a alguien que tirase esas defensas, y no se había equivocado.

Y desde el momento en que tomó a Sara en brazos había sentido un cariño puro e intenso por aquella pequeña que nunca conocería a su madre.

En muchos sentidos, la vida allí era satisfactoria. Gobernaba la zona de los niños a su antojo y estaba muy ocupada intentando modernizar las antiguas costumbres del personal de palacio, más adecuadas para tratar con un anciano príncipe que con dos niños pequeños. Incluso había pedido dinero para comprarle vaqueros y camisetas a Gavin.

La isla durante el día era increíble. Prue la había explorado en bicicleta. Le encantaban los conciertos al aire libre, las escuelas de música... hasta había hecho cola con los turistas para ver cómo hacían los famosos laúdes. Le encantaban las tiendecitas de Morun, la capital de la isla, que estaban a diez minutos de palacio. Allí podía comprar unas chocolatinas estupendas y jerséis de lana hechos a mano.

Pero lo que más le gustaba de la isla era que estuviera bañada en la tradición. La gente que vivía allí tenía un profundo sentido de la Historia y estaban conectados con su pasado. Sabían quiénes eran y les gustaba pasarlo bien.

En aquel momento estaban preparándose para un festival que organizaban todos los años y que consistía en hacer carreras en coches hechos a mano, de manera artesanal, con todos los materiales y los aspectos posibles. Por las calles veía a padres e hijos construyendo aquellos artefactos y...

Eso le recordaba a la niña que había sido. Una niña que tenía a su disposición todas las posesiones materiales, pero que anhelaba una familia más que nada en el mundo.

En otro de sus días libres había recorrido las colinas y las granjas de Momhilegra. En menos de una hora se había encontrado en medio de un hermoso bosque lleno de árboles centenarios. En esas horas solitarias, Prue se sorprendía de sentirse tan llena de vida, tan conectada con todo aquello.

Era feliz estando sola. Se sentía llena de alegría, cuando siempre había pensado que necesitaba a otra persona para eso.

Era maravilloso, liberador... y perturbador a la vez.

Mirando ahora por la ventana el misterioso océano, Prue pensó que tenía todo lo que siempre había deseado.

Y, sin embargo, experimentaba una extraña inquietud. Porque si había algo que la hubiera desilusionado era el príncipe.

Al principio había hecho un esfuerzo por ocuparse más de los niños. No se le daba muy bien eso de ser padre, aunque era mejor con Sara que con Gavin.

Pero lo había intentado. Le había leído cuentos a la hora de dormir, comían juntos, intentaba jugar con él...

Pero últimamente se había apartado porque, según él, tenía mucho trabajo debido a la masiva llegada de turistas para el festival. Y Prue lo echaba de menos.

Ése era el problema. En Nueva York, a pesar de las obvias diferencias entre sus estilos de vida, de los sirvientes, de los blasones, ella no tenía ni idea de lo que significaba todo eso. No había querido pensar que Ryan Kaelan era un príncipe de verdad, el primero en la línea de sucesión al trono de Momhilegra.

Pero allí era imposible olvidar eso.

Su madre, la reina, era una mujer mayor, discreta y sabia. Prue llevaba a los niños varias veces por semana a sus aposentos y la reina siempre los recibía con cariño, pero era evidente que su salud empezaba a flaquear.

El príncipe era la persona que gobernaba la isla. Había colegios y calles que llevaban su nombre. El nombre más popular para los niños de Momhilegra era Ryan. De modo que eso de que se consideraba algo así como el director general era ser muy modesto. Era el director general y el santo patrón de Momhilegra. El príncipe estaba ocupado día y noche acudiendo a reuniones, a conciertos, a inauguraciones, recibiendo a dignatarios extranjeros... Todo el mundo lo adoraba. No, era algo más que amor, era devoción, respeto.

Las televisiones locales hablaban de él todos los días y el periódico siempre llevaba alguna foto suya. ¡Y era un hombre fotogénico! Prue no podía olvidar su imagen: riendo cuando alguien le entregaba un dragón de juguete, arrodillado frente a la silla de ruedas de una anciana, saludando a la multitud...

Idelle le había contado que el turismo era la fuente de ingresos más importante de la isla y que, además, muchos de esos turistas eran como las chicas a las que había visto esperándolo frente a los ascensores del Waldorf. Y, según Idelle, él les daba lo que querían: aparecía sin avisar en un café, entraba en las fábricas para ver cómo iba el trabajo...

En fin, resultaba muy difícil olvidarse del «Algún día encontraré a mi príncipe» viviendo cerca de uno de verdad. E igual que cualquiera de esas turistas, Prue esperaba encontrarse con él, poder hablar con él un momento.

Y seguía soñando con él.

Pero últimamente el príncipe no parecía tener tiempo para sus hijos. Aparecía a veces en el desayuno, a la hora del baño o para darles las buenas

noches. Pero apenas pasaba unos segundos con ella.

Prue se daba cuenta de que cada vez que aparecía era como si saliera el sol. Ryan Kaelan era puro carisma. Estaba en su sonrisa, en su forma de caminar, en cómo inclinaba un poco la cabeza para escuchar o cómo acariciaba a su hija con aquellas manos tan grandes...

Y, además, era inconsciente, increíblemente sexy.

Todo lo que hacía, fuese abrazar a Sara o tomar un trozo de beicon de su plato, hacía que a Prudence se le encogiera el corazón.

Pero, a pesar de su idílica existencia, no todo iba bien en el reino de Momhilegra. Prue sabía que la relación del príncipe con su hijo era tirante. ¿Evitaba a Gavin por eso? Sin embargo, lo había observado cuando él no la miraba y parecía sentirse... muy solo.

¿O sería eso parte de su fantasía?

Antes de llegar a Momhilegra lo había visto como un hombre. Un príncipe, sí, pero un hombre. Una vez en su país, las cosas habían cambiado por completo. Ella no era más que la niñera de sus hijos y no había oportunidad alguna para que la niñera y el príncipe estuvieran solos. Y, sin embargo, cada vez que lo veía sentía un anhelo peligroso e indomable, como el hambre de un león al que no se le diera de comer.

Y ahora era peor que nunca. Porque anhelaba el amor de un hombre que no estaba a su alcance. Y lo que sentía por él, en secreto, empezaba a afectar a su trabajo.

¿Cómo podía pedirle que pasara más tiempo con sus hijos cuando su presencia la hacía anhelar cosas que nunca podría tener?

¿Y cómo podía no hacerlo?

¿Cómo podía ignorar el brillo de furia en los ojos de Gavin cuando su padre llamaba para darle las buenas noches en lugar de ir a su habitación personalmente?

Tenía una reunión importante, le había dicho. Pero Gavin se había negado a ponerse al teléfono. La relación de Gavin con el príncipe era sorprendente. Parecía desear la atención de Ryan y, sin embargo, se alejaba de él.

Y su trabajo, Prue se recordó a sí misma, era que los niños que estaban a su cargo fueran felices.

Era más fácil para ella que el príncipe no estuviera todo el tiempo en las habitaciones de los niños. Era más fácil porque así no lo veía, no podía respirar el aroma de su colonia ni ver su sonrisa.

Era más fácil porque de ese modo podía querer a esos niños con todo su

corazón sin preguntarse cuál sería el precio de quererlos así.

Pero no podía tolerar la actitud del príncipe. Estaba en juego el futuro de los niños. Ellos no necesitaban ropa cara ni habitaciones decoradas con espejos revestidos en pan de oro. Lo que necesitaban era a su padre.

Su regalo de amor para Gavin y Sara sería hacer todo lo posible para que su padre se involucrase en sus vidas como debía hacerlo un progenitor.

Dejando la taza de té sobre la mesa, Prue salió al pasillo y entró de puntillas en la habitación de Gavin.

Estaba dormido, sus largas pestañas oscuras haciendo sombra en sus regordetas mejillas. Pero estaba abrazado a un gato de peluche que Prue había comprado en una de las tiendas de Morun... y tenía en las mejillas rastro de lágrimas.

¿Lágrimas de desilusión porque su padre no había ido a darle las buenas noches o el pobre niño seguiría echando de menos a su madre?

La fotografía de su madre estaba sobre la mesilla. Era una mujer de pelo negro, guapísima, con un vestido de gasa en color marfil. En la foto tenía a Gavin sobre sus rodillas... con el horrible traje verde de terciopelo. El retrato, desgraciadamente, era un posado, y era muy difícil leer la expresión de Raina porque estaba mirando al infinito. ¿Podría la princesa Raina tener a su precioso hijo en brazos y estar tan triste como parecía?

Prue se inclinó para darle un beso a Gavin y luego decidió que no podía permanecer en silencio ni un segundo más. Aquélla era la noche. Tenía que hablar con el príncipe sobre la educación de sus hijos. Y tenía que hacerlo de inmediato.

Entonces se miró al espejo. Iba en vaqueros y llevaba el pelo suelto. Por un momento pensó en ir a su habitación para arreglarse un poco, pero después decidió que no merecía la pena. Aquello no tenía nada que ver con ella, y sí con Gavin y Sara.

Porque la verdad era que el príncipe Ryan Kaelan había roto su promesa. ¿Cómo se atrevía a prometerle a su hijo que iría a darle las buenas noches para luego llamar por teléfono?

¡Y no porque estuviera de viaje! Estaba allí, en palacio. Cuando miró hacia las ventanas de su despacho, vio que la luz estaba encendida. Habría tardado diez minutos en bajar y besar a sus hijos...

¿Era demasiado importante como para hacer eso? ¿Qué podía ser más importante que sus propios hijos?

Era un arrogante y un irresponsable, eso era lo que pasaba. Tanta

adulación se le había subido a la cabeza.

El príncipe Ryan Kaelan estaba a punto de encontrarse con un problema que no había tenido nunca, decidió. ¡Ella no sería una más en una legión de admiradoras, por muy tentador y muy guapo que fuera!

Había ido a Momhilegra para enfrentarse con sus propios dragones y el momento de hacerlo era aquella misma noche.

Prue se puso los primeros zapatos que encontró, cerró la puerta de su apartamento y se dirigió a la guarida del león.

A Ryan le dolía la cabeza. Llevaba doce horas negociando. La chaqueta y la corbata estaban tiradas sobre un sillón y se había subido las mangas de la camisa para estar más cómodo.

Pero sentía que el otro hombre también estaba cansado y que él estaba a punto de conseguir lo que quería.

Era un contrato muy lucrativo que uniría el nombre de Momhilegra con una empresa de marketing que quería usar el blasón real, el dragón rodeando un laúd, como sello de aprobación de ciertos eventos musicales. Por supuesto, la negociación estaba siendo muy complicada. Él necesitaba garantías y medidas de control para proteger la reputación de su país y la empresa no quería darle todo lo que pedía.

Ryan sabía que el dinero que le ofrecían era algo secundario. Lo más importante era la publicidad para Momhilegra, pero quería conseguir todo lo que fuera posible. Y quería obtener el control, además.

Pero el señor Marchand estaba siendo un hombre difícil. No imposible, pero sí difícil.

En ese momento alguien llamó a la puerta del despacho y Ryan hizo una mueca. Le había dado instrucciones a Ronald para que no los molestase nadie.

Su edecán se acercó entonces para hablarle al oído:

—Es la señorita Winslow.

¿Prudence? ¿Le habría ocurrido algo a los niños? Ryan se levantó de un salto sin molestarse en explicarle al señor Marchand lo que pasaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó, cerrando la puerta tras él—. ¿Los niños están bien?

—¿Qué significa para usted que sus hijos estén «bien», Su Serenísima Alteza Real?

Tenía un contrato de varios millones de dólares a punto de firmar, de modo que no era momento para divertirse con las bromitas de aquella maleducada norteamericana. Pero Ryan no pudo evitar una sonrisa.

—¿Que cómo definiría si mis hijos están bien? —preguntó, cruzándose de brazos—. ¿Están vivos, respiran? ¿No se han hecho sangre?

—Bueno, si eso es lo que significa para usted, sí. Y si que un niño se duerma llorando en su cama significa que todo está bien...

—¿Qué ha pasado?

—Que alguien le prometió que iría a darle las buenas noches y no ha cumplido su palabra —contestó Prudence.

—Intenté explicárselo por teléfono, pero no quiso ponerse. Y usted no hizo nada —protestó Ryan.

—¿Cree que debería haberlo obligado?

—Sí, ése es su trabajo.

—Si no le gusta cómo hago mi trabajo, puede despedirme cuando quiera. No se preocupe, estoy acostumbrada.

Pero Ryan no estaba descontento con ella, todo lo contrario.

—Lo siento, no sabía que fuera tan importante para él —admitió—. Gavin actúa como si yo no le importara... de hecho, a veces parece que más bien le molesta mi presencia.

—Es un niño que ha perdido a su madre —suspiró Prudence—. Necesita saber que hay alguien en quien puede confiar y esa persona tiene que ser usted. Cuando dice que irá a darle las buenas noches, eso tiene que ser sagrado.

Quizá porque era cierto, Ryan se sintió herido.

—¿Y ha interrumpido una reunión importante para decirme eso? Podía haber tenido la cortesía de esperar hasta mañana.

—Pues no, no podía esperar —replicó ella—. Yo estoy a cargo de esos niños que se están convirtiendo en lo más importante de mi vida... ¡y lo que no puedo entender es que no sean lo más importante de la suya!

Esa condena fue como una bofetada para Ryan. Pero había sabido que Prudence Winslow se portada exactamente así desde que la contrató. Había esperado una mujer que defendiera a sus hijos con su propia vida. Pero no esperaba ser el objeto de sus críticas.

Nadie en Momhilegra se atrevía a hablarle de esa forma y no le gustaba nada. Y, sin embargo, una parte de él se sentía aliviada, como si eso fuera lo más natural, lo que tenía que pasar. Incluso lo que había esperado que pasara.

Por fin, por fin, alguien era sincero con él.

—Su hijo lo necesita —siguió Prudence con firmeza.

—Pues no lo parece.

—Depende de usted que Gavin se lo haga saber. Tiene cinco años... no

sabe cómo hacerlo.

El príncipe Ryan Kaelan sabía cómo negociar un contrato millonario para su país, cómo legislar, cómo tratar a la gente, desde el más humilde súbdito al más alto dignatario. Pero no sabía cómo tratar a su hijo, un niño de cinco años.

Nunca se había sentido fracasado y, sin embargo, así era como se sentía mientras escuchaba la acusación de Prudence.

Como si hubiera fracasado en la tarea más importante de todas.

¿Cómo podía entender el corazón de los otros cuando su propio corazón era un misterio para él?

—Yo tampoco sé cómo hacerlo —le confesó.

Prue dio un paso adelante y puso una mano en su antebrazo, sobre la muñeca, con los ojos llenos de compasión.

—¿Quiere que le enseñe?

Ryan se dio cuenta de que no sólo estaba ofreciéndose a mostrarle el camino para llegar al corazón de su hijo. Iba a llevarlo por aguas desconocidas hasta un mundo en el que no había entrado nunca.

Un mundo en el que no siempre mantendría el control.

Un mundo que podría herirlo. O convertirlo en otro hombre.

Una vez cruzadas esas aguas, ¿podría volver alguna vez a la seguridad de su isla? Ryan miró la puerta cerrada del despacho.

Aquella era su antigua vida y lo llamaba como la luz de un faro llamaba a un marinero. Pero algunos marineros ignoraban esa llamada y tomaban un nuevo rumbo, hacia mundos que no conocían.

Sólo los más valientes hacían eso.

—Muy bien —contestó por fin—. Enséñeme a hacerlo.

—Pase un día entero con los niños... mañana, por ejemplo. Haremos una merienda. He encontrado un sitio en el bosque en el que hay una cascada preciosa.

Ryan conocía bien ese sitio. Solía ir allí cuando era un niño. Entonces le parecía un lugar encantado, lleno de magia, y adoraba la libertad de ir solo en un mundo en el que casi nunca estaba solo porque incluso de niño se le habían exigido tantas cosas...

Sabía cuándo sonreír cuando su corazón estaba en otra parte. Llevaba trajes del mejor corte cuando le gustaría usar vaqueros. Acudía a la inauguración de escuelas musicales cuando la única cuerda que le gustaría tocar era la que se lanzaba al agua con una caña.

Oh, él conocía bien ese sitio, sí. Porque iba allí cuando no podía

soportarlo más.

Cuando le dijeron, de pequeño, que debía dejar de soñar, que nunca sería piloto, ni bombero, ni pescador.

Cuando le dijeron que no podría viajar nunca sin escolta, o ir de excursión con sus amigos o recorrer Europa con una mochila.

Cuando le dijeron quién sería su esposa, una mujer a la que conocía desde la infancia, a la que respetaba y por la que sentía simpatía. Pero no amor.

¿Cómo podía Prudence Winslow haber encontrado la catarata de Myria en tan poco tiempo?, se preguntó.

¿Podría ir con ella allí?

¿Al lugar de sus sueños, de sus esperanzas rotas? Seguramente, todas ellas seguirían allí, en aquel prado cubierto de niebla en el que a veces uno podía ver el arco iris.

Hacía mucho tiempo que no iba a la catarata de Myria.

Pero sería una locura ir a aquel sitio con una mujer que le recordaba todo lo que no podía tener.

—Lo siento —dijo entonces—. Esta negociación es muy importante y no estará terminada para mañana.

Prudence lo miró, incrédula. Luego apartó la mano e hizo una pequeña reverencia. Pero era un gesto cargado de sarcasmo, más hiriente que si le hubiera tirado otro jarrón a la cabeza.

Luego se volvió y salió corriendo por el pasillo. Y Ryan intuyó que estaba llorando.

Porque la había decepcionado.

Suspirando, volvió a la reunión, pero no estaba concentrado. El contrato le parecía ridículo comparado con la realidad de que su hijo había llorado hasta quedarse dormido... por su culpa.

Otro niño, muchos años atrás, se había llevado esas lágrimas a la catarata de Myria. ¿No había jurado entonces que sus propios hijos nunca tendrían que pasar por eso?

Pero así era. Y él no estaba haciendo nada por evitarlo.

Sencillamente, no sabía cómo hacerlo. Nadie le había enseñado.

Pero su niñera se había ofrecido a enseñarle. Y Ryan entendió entonces que estaba al borde de un precipicio.

Le había dicho que no podía ir, pero aún no había tomado una decisión firme. Y estaba seguro de que esa decisión, aunque pudiera parecer insignificante, podría cambiar su vida para siempre.

## CAPÍTULO 6

—¡Prue, no me estás prestando atención! —protestó Gavin.

Prudence se volvió, sonriendo. Era cierto, debería estar prestándole más atención. Porque Gavin estaba manchado de manteca de cacahuete desde la boca hasta las orejas.

—Tienes razón, cariño. Dime.

La razón por la que no estaba totalmente concentrada en el niño era que se sentía disgustada y enferma por el rechazo del príncipe. Apenas había dormido pensando en ello.

Aunque, en cierto modo, era lo mejor. Sería demasiado fácil dejarse llevar por la principemania que parecía sufrir aquella isla, y quizá el mundo entero. Sería demasiado fácil dejarse llevar por esa tonta idea que la hacía desear ser una heroína para su héroe de cuento.

Aunque no tenía por qué pensar en él como un héroe porque el príncipe poseía un gran número de defectos de su fatídica lista.

—¡Prue! Por millonésima vez... ¿la manteca de cacahuete se pone antes o después de la mermelada?

—Ah, esa pregunta —oyó entonces una voz ronca desde la puerta—. Una pregunta tan vieja como el tiempo. ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? ¿La manteca o la mermelada?

Prudence levantó la mirada. El príncipe estaba apoyado en la puerta de su habitación, con una sonrisa en los labios.

—Primero la manteca de cacahuete y luego la mermelada —contestó.

Iba vestido de manera informal, con pantalones oscuros y una camisa de manga corta que podía ser una camisa de golf, pero con el blasón real en el bolsillo. Prudence había sospechado que tendría un físico impresionante, pero ahora podía ver sus poderosos bíceps bajo la manga de la camisa y los fuertes antebrazos...

Que no deberían importarle en absoluto. Además, ella llevaba un chándal de un tono rosa que no era precisamente de lo más favorecedor y el pelo sujeto en una desordenada coleta.

Tal y como iba vestido, el príncipe parecía un hombre normal, un hombre al que una chica en chándal podría aspirar.

Entonces sonrió, mientras se pasaba una mano por el pelo, y Prue supo que

nunca sería un hombre normal, a pesar de tener dos dientes un poco torcidos.

—¿Quería algo? —le preguntó. Naturalmente, seguía sin llamarle Alteza o Señor.

—He venido para aceptar su invitación. Me gustaría ir de merienda.

Pedirle que pasara más tiempo con ella y con los niños había sido como jugar con cerillas... y viéndolo allí, con esa sonrisa y esos ojos de pecado, Prudence supo cuál era el combustible que avivaría el fuego: ella misma.

El sentido común le decía que cancelase la merienda pero, cuando se volvió, vio que Gavin estaba mirando a su padre con una expresión de anhelo que no podía disimular.

—Muy bien, estupendo —dijo por fin, aunque lo que sentía por dentro era mucho más complicado. ¿Todo un día al aire libre, al sol, con aquel hombre?

¿En qué diablos había estado pensando cuando fue a verlo a su despacho? La señora Smith le recordaría el asunto de las pelirrojas, sin duda. Sencillamente no se podía contar con que pensarán las cosas dos veces.

—Pero si vienes tendrás que ayudarnos —dijo Gavin, con tono de desaprobación.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tendré que hacer?

—La comida —contestó su hijo.

Su padre miró los sándwiches que el niño estaba... ¿preparando?

—¿No podríamos pedir algo en la cocina? ¿Qué es esto?

—Sándwiches de manteca de cacahuete y mermelada —contestó Gavin.

Algo que sorprendió a Prudence porque unos minutos antes el niño ni siquiera sabía lo que era la manteca de cacahuete.

—¿Y eso se come? Parece...

—¡Caca!

Ryan quería ponerse serio, pero esa palabra lo hizo reír. Y Gavin rió también, aunque era evidente que no quería hacerlo. Fue un momento precioso, los dos príncipes, que seguramente nunca habrían comido nada que no fuera faisán, mirando la manteca de cacahuete como si fuera a explotarles en la cara.

—¿La has probado? —preguntó Ryan.

—Me da un poco de miedo —admitió el niño.

—A mí también.

De nuevo, padre e hijo soltaron una risita.

—Pero si tú lo pruebas, yo lo probaré también.

Gavin negó con la cabeza.

—No, tú primero.

Y más risas.

A Sara, que estaba en su parque, en una esquina de la habitación, no le gustó quedarse fuera del juego, de modo que empezó a dar saltos sobre sus regordetas piernas.

Su padre se acercó para tomarla en brazos y darle un beso en el cuello.

—¿No he visto este vestido el otro día?

Y Prudence supo entonces que un mono de pana rojo no era lo más indicado para una princesa. Pero le daba igual.

—Dale un poco de manteca de cacahuete —sugirió Gavin.

—No, no —intervino Prudence—. Nada de manteca de cacahuete para la niña. Es demasiado pequeña. Tengo el biberón preparado para ella y algo de fruta. Y nada de probar los sándwiches. Comeremos a la hora de la merienda.

—Sí, señora —dijo Ryan, burlón.

Salieron juntos de palacio, con cestas en la mano. Fue un momento normal, doméstico, lo que haría cualquier familia, pero irreal dada la compañía: dos príncipes y una princesa. A pesar de saber que aquello no era real, Prue no dejó de notar el anhelo de vivir un momento como aquél en su propia vida.

¿Lo haría alguna vez? ¿O era eso lo que había sacrificado al ir a Momhilegra, la oportunidad de vivir una vida normal?

«Tú nunca has tenido una vida normal», se recordó a sí misma.

Pero cuando miró al príncipe, rectificó ese pensamiento: quizá lo que había recibido al ir a Momhilegra era la oportunidad de sentirse satisfecha con una vida normal.

Cuando salieron de palacio los esperaba una tartana tirada por un pony.

¡Un coche de caballos! La gente normal no iba de merienda en un coche de caballos. Pero en aquel momento, Prue tomó la decisión de olvidarse de la vida normal y disfrutar de aquella extraordinaria experiencia.

«El coche de caballos de tus sueños está a punto de convertirse en realidad».

Aunque fuese tirado por un pony.

Pero en cuanto el coche empezó a dar saltos sobre las piedras y tuvo que sujetar a Sara contra su pecho para que la niña no saliera despedida, Prue soltó una carcajada.

Aquello era exactamente lo que debía recordar. La fantasía y la realidad eran dos cosas completamente diferentes.

—¿Lo está pasando bien? —le preguntó Ryan.

Sí, la verdad era que lo estaba pasando bien. El clop-clop de las pezuñas

del pony era un sonido tan antiguo, tan extraordinario... Aquella era una de las cosas que empezaban a fascinarla de Momhilegra: que no habían perdido el respeto por el pasado. Era un sitio lleno de secretos antiguos, de música y tradiciones que pasaban de padres a hijos.

Un sitio en el que una familia podía disfrutar de una excursión en un coche de caballos. Cuando llegaron al bosque, Ryan bajó de un salto y ató al pony a un árbol.

—¿No se escapará?

—¿Ha visto este prado lleno de hierba? —sonrió él—. No, estará aquí cuando volvamos, no se preocupe.

Sus mundos eran tan diferentes... Él lo sabía todo sobre los caballos, sabía los secretos de la música antigua... Ella sabía algo sobre la manteca de cacahuete. Pero se había prometido a sí misma que iba a disfrutar de aquel día y pensaba hacerlo sin analizar nada.

El príncipe tomó a la niña en brazos y Gavin salió corriendo por un camino de tierra entre los árboles.

Como iba delante, se escondía detrás de un árbol y luego aparecía dando un grito, muerto de risa cuando los dos fingían asustarse.

—Es usted muy buena con él —dijo Ryan.

—No tanto como él conmigo —admitió Prue.

Poco después llegaron a un prado verde frente a un lago de aguas cristalinas. Una cascada caía sobre el lago y los rayos del sol se convertían en un arco iris al contacto con el agua.

Incluso la niña dejó de balbucear y se quedó mirando el paisaje, encantada. Los cuatro permanecieron callados, compartiendo un momento de silencio y admiración por aquella maravilla de la naturaleza.

—A veces —dijo Prudence en voz alta— la realidad es mejor que nada de lo que uno pueda imaginar.

Dejaron las cestas con la merienda sobre la hierba y jugaron a esconderse entre los árboles hasta que todos estaban sin aliento.

—¡Tengo hambre! —anunció Gavin.

El príncipe padre y el príncipe hijo atacaron los sándwiches con pasión. Prue nunca había visto a alguien probando la manteca de cacahuete por primera vez y no se habría perdido la experiencia por nada del mundo.

Casi habían terminado de merendar cuando Gavin arrugó la nariz.

—Sara apesta —anunció.

El príncipe se mostró horriblemente incómodo, como si alguien hubiera

tenido la mala educación de llevar un elefante a una cena de gala.

—Muy bien, os dejo solos entonces —dijo, levantándose.

¿Muy bien, os dejo solos? De modo que había llegado el momento de convertir al príncipe de Momhilegra en un mero mortal.

—¿Es que nunca ha cambiado un pañal? —preguntó Prudence.

—¿Yo? Resulta que soy el príncipe de Momhilegra, señorita Winslow. Eso me excluye de la tarea de cambiar pañales.

—¿Ah, sí? Pues hoy no —replicó ella, levantándose.

Casi podía oír a la señora Smith: «Prudence, por Dios, que es un príncipe», pero le dio igual. Tenía que saber quién era aquel hombre en realidad, y eso sólo podría saberlo obligándolo a hacer algo que no haría nunca.

—¡Tener dos hijos y no saber cambiar un pañal! ¡Es inconcebible!

—No querrá que le cambie el pañal a Sara, ¿verdad?

—Pues sí, eso es precisamente lo que quiero —contestó ella.

—No lo hagas —dijo Gavin en voz baja—. Es asqueroso.

Era la primera vez que Prudence veía a padre e hijo ponerse de acuerdo. Los dos la miraban con la misma expresión.

—Me parece que paso de cambiar pañales —dijo Ryan.

Gavin asintió con la cabeza.

—Prefiero hacer cualquier otra cosa.

—Matar dragones —sugirió su hijo.

—Por ejemplo.

Eran iguales, almas gemelas. ¿Por qué no se llevaban bien? ¿Dónde, cuándo y por qué había nacido esa pelea entre ellos?

En fin, eso lo averiguaría más tarde. Por el momento, la princesita apestaba y eso era lo más importante.

—Ah, lo entiendo —sonrió Prudence—. Tiene miedo.

Ryan arrugó el ceño.

—¡Mi padre no tiene miedo de nada! —exclamó Gavin—. ¿Verdad que no, papá?

El príncipe lo miró, evidentemente encantado. Gavin no solía referirse a él como «papá», sino como «padre». Aun así, le incomodaba que la obstinada niñera lo pusiera en aquella posición.

—Todo el mundo tiene miedo de algo, hijo.

—¡Pero no de un pañal! —exclamó Prudence.

—De acuerdo, déme a la niña —dijo él por fin.

—Muy bien, princesita apestosita. Tu real padre quiere cambiarte.  
Ryan la sujetó con los brazos estirados, bien apartados del cuerpo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Yo no pienso mirar —les advirtió Gavin—. Vomitaría la manteca de cacahuete —añadió, corriendo hacia el lago para tirar piedras.

—Yo también podría vomitar. Y no es muy amable hacer quedar mal a alguien delante de su hijo —protestó Ryan, dejando a la niña sobre la manta.

—Ah. ¿En mi currículum decía que yo fuera una persona amable?

—¡La verdad es que no!

—Pues eso —replicó Prudence—. Lo primero que tiene que hacer es quitarle el peto.

A regañadientes, Ryan le quitó el peto a su hija y empezó a desabrochar el apestoso pañal.

—¿Y ahora qué?

—Ahora límpiela con esto —dijo Prudence, pasándole una caja de toallitas.

—Por el amor de Dios...

—Puede contener la respiración si tan horrible le parece —sugirió ella.

—Eso es lo que pienso hacer.

Ryan se puso pálido al quitar el pañal. ¿Iría a desmayarse? Si eso ocurría, Prudence sería declarada enemiga número uno de Momhilegra. Incluso podría ser «la más buscada». Esa idea le dio risa.

—Gavin, ven a taparme la nariz.

—¡No!

—Bueno, por lo menos lo está intentando —sonrió Prudence—. ¿Quiere que termine yo?

—No —contestó el príncipe—. Lo haré yo solo.

—Muy bien. Si quiere, yo puedo teparle la nariz.

Seguramente habría alguna ley en Momhilegra que prohibía que nadie tapase la nariz real, pero si la había, ella no tenía noticia. De modo que se dispuso a estudiar la situación, buscando el mejor ángulo.

—¡Dése prisa!

—¡Sí, Alteza!

—Ah, vaya, ahora precisamente utiliza el título.

Prudence le tapó la nariz. Y apretó.

—Así está mejor —dijo él.

Por desgracia, su voz sonaba desafortunadamente nasal.

Y a Prudence le hizo reír.

—No haga que me ría, señorita Winslow. Estoy seguro de que reír incluye inhalar.

A Prudence le dio un auténtico ataque de risa. La situación era increíblemente absurda, desde luego.

—¿Quiere dejar de reírse?

—No puedo...

—¡No me suelte la nariz!

Prudence se reía tanto que tuvo que apoyarse en su espalda para no caer al suelo. Y en ese momento los dos se dieron cuenta de que allí estaba pasando algo. Prue esperó que él le dijera que se apartase de sus reales espaldas, pero no lo hizo.

Una caja de toallitas después, el príncipe Ryan se levantó con Sara en brazos y un gesto de triunfo, presentando aquel prodigio ante la jungla.

—Ya está. Lo he hecho yo solo.

Desgraciadamente, Sara se movió y un chorro de líquido marrón cayó por un lado del pañal, mal puesto, sobre la real camisa del real príncipe.

La expresión de triunfo desapareció de inmediato, reemplazada por una de auténtico horror. De inmediato, le entregó la niña a Prudence y se quitó la camisa como si la caquita fuera un chorro de ácido, antes de correr hacia la orilla del lago.

—El agua estará fría —le advirtió Prudence.

Pero a él parecía darle igual que hubiese icebergs flotando en el lago porque además de la camisa se quitó el pantalón. El príncipe Ryan Kaelan, regente de Momhilegra, se quedó en calzoncillos delante de ella. Calzoncillos reales, naturalmente. Tenía un cuerpazo. De hecho, estaba segura de que nunca había visto a un hombre tan hermoso.

Aunque la verdad era que, a pesar de su rica vida de fantasía, nunca había visto a un hombre con tan poca ropa puesta. Y ni siquiera su vívida imaginación la había preparado para aquello. Un dragón que parecía haber estado durmiendo dentro de ella despertó a la vida echando fuego por las fauces...

Afortunadamente, el príncipe se tiró al agua de cabeza. Apareció unos segundos después bajo la cascada y lanzó un grito masculino, primitivo y excitante a la vez. Podría ser el grito del guerrero antes de la batalla.

Fuera lo que fuera era un sonido excitante, masculino, poderoso, que recorría su espina dorsal como una caricia. El dragón rugía, su aliento creando

un infierno en el vientre de Prue, que se dio la vuelta para atender a la niña.

Pero se movía como una autómatas... porque en realidad sólo estaba concentrada en el príncipe Ryan.

El agua estaba fría, pero era una sensación maravillosa, exactamente lo que necesitaba un hombre que había estado a punto de perder la cabeza.

Porque aceptar el reto de cambiar el pañal había sido uno de los momentos más atroces en toda su vida.

Entonces, ¿por qué cuando la mano de Prudence tocó su nariz apenas se había acordado del horror del asunto? Cuando lo tocó, cuando sintió el calor de su cuerpo, todo lo demás desapareció.

Nunca había comido manteca de cacahuete, nunca había cambiado un pañal.

Y nunca se había encendido tanto como cuando sintió el peso de Prudence Winslow sobre su espalda.

Afortunadamente, Sara había decidido hacerle caca encima. Afortunadamente, porque eso le había dado la excusa perfecta para recuperar el control. Aunque fuera dándose un baño de agua fría.

Pero el grito que había salido de su garganta no era exactamente el grito de un hombre que lo tenía todo controlado.

Y, de repente, él no quería ser ya ese hombre.

Había visto lo que Prudence le ofrecía, lo que le estaba ofreciendo desde el principio; lo que había deseado desde que era un niño, cuando la carga de la soledad y las obligaciones eran como una losa sobre su espalda.

El príncipe Ryan Kaelan anhelaba ser un hombre normal.

—¿No quiere darse un baño? —la llamó.

—Eso sería de lo más impropio —contestó Prue.

—¿Impropio? A mí me pareció más impropio que me tirase un jarrón a la cabeza. O que se niegue a utilizar mi título cuando se dirige a mí. O que me haya obligado a cambiar un pañal lleno de caca.

—No creo que un príncipe deba decir «caca».

Era cierto. Los príncipes no decían «caca».

Y tampoco deberían fijarse en las niñeras de sus hijos.

Pero entonces Ryan hizo lo que hacían todos los chicos del mundo, lo que él nunca había podido hacer: mostrarse bravucón delante de una chica, nadando con poderosas brazadas para subir a las rocas y lucirse delante de Prudence Winslow.

—¡Baje de ahí ahora mismo!

—Sí, señora —contestó él, antes de tirarse de cabeza al lago.

Pero cuando salió a la superficie, esperando que Prudence aplaudiese, ella ni siquiera estaba mirándolo.

—¡Gavin, no hagas eso!

Ryan vio que su hijo se había subido a una roca para imitarlo y nadó con todas sus fuerzas para llegar hasta él. Lo agarró justo cuando se tiraba al agua.

—¡Está helada!

—Sí, esto no es para blandengues.

Su hijo lo estaba abrazando y Ryan no podía creer cuánto le gustaba estar así después de tantos meses de distancia y de silenciosa censura.

Jugaron en el agua hasta que los labios de Gavin empezaron a volverse morados. Prudence estaba en la orilla, con Sara en una mano y una manta en la otra, con la que envolvió a Gavin para que entrase en calor.

—Seguramente habrá pillado un resfriado. Es demasiado pronto para bañarse.

—Los resfriados no se pillan por bañarse; la gente se resfría por culpa de un virus. Además, los hombres del clan Kaelan se han bañado en este lago desde el principio de los tiempos.

—Ya —Prue intentaba no mostrarse impresionada, pero lo estaba.

Y cuando Ryan salió del lago, con aquel cuerpazo chorreando agua por todas partes, sus ojos se convirtieron en los de una leona.

Pero se dio la vuelta enseguida para disimular. Ryan se puso los pantalones, pero ni siquiera se molestó en ponerse de nuevo la camisa.

Luego tuvo que sonreír cuando Prudence se volvió de nuevo, colorada como un tomate. Algo tan viejo como aquel lago estaba ocurriendo entre ellos.

Eran un hombre y una mujer. Y algo tan viejo como el tiempo los llamaba.

Y Ryan se alegraba infinitamente.

Durante toda su vida había pensado que aquello era lo que tendría que sacrificar; el fuego que sentían los hombres normales. Ahora veía que no, y sentía admiración por ella, como si fuera una diosa que había llegado a él para darle la vida.

Pero entonces vio que Gavin estaba envuelto en la manta, temblando, abrazado a la pierna de Prudence, la niña en sus brazos, mirándola con total confianza...

Y se dio cuenta de que la situación era muy complicada. Porque lo único que deseaba en aquel momento era besarla. Pero si hacía lo que deseaba... ¿qué precio tendría que pagar? ¿Y sus hijos?

De modo que tendría que olvidar sus deseos y volver a ser el príncipe que era, el hombre que no podía hacer ningún gesto espontáneo, el hombre que no estaba destinado a ser feliz.

Todas sus decisiones tenían que ser medidas, calculadas, las repercusiones evaluadas cuidadosamente.

No podía ser un hombre que besaba a una mujer sólo porque la encontraba deseable.

De modo que, quizá para rebelarse contra eso, lo hizo.

Se aprovechó de que Prudence tenía las manos ocupadas para inclinarse hacia ella y...

—¡No! Tiene unos pies horribles... ¡Horribles!

Ryan miró hacia abajo y luego a ella, sorprendido.

—¿No quiere que la bese por mis pies?

—Eso es.

—¿Besar? —repitió Gavin—. ¡No puedes besar a Prue!

Ryan no estaba seguro de que la absurda excusa de los pies lo hubiera detenido, pero sí la exclamación de su hijo.

Gavin miraba de uno a otro, pálido, pero no a causa del frío. Estaba mirándolo con tal expresión de miedo que a Ryan se le partió el corazón.

# CAPÍTULO 7

Prue miró a Ryan Kaelan, atónita. ¡Había estado a punto de ser besada por un príncipe! En un lago encantado...

¡Ni siquiera ella había conjurado nunca una imagen tan romántica! Era el momento que había esperado durante toda su vida. El momento en el que cualquier chica, incluso una que había hecho una promesa, podía perder la cabeza. El calor de sus ojos, sus labios entreabiertos, aquel olor a agua fresca, a naturaleza...

¿Habría llegado al fin su príncipe? ¿O, si sus labios se hubieran encontrado sería ella la única mujer en la tierra que podía convertir a un príncipe de verdad en una rana?

¿Era por eso por lo que había erigido la regla número cuatro, tener feos los pies, como un escudo para protegerse? En realidad no eran demasiado feos, pero el dedo gordo era más corto que los demás. De modo que resultaban... raros.

Quizá la verdad era que se alegraba de que no la hubiera besado. No quería saber si Ryan fallaría en la prueba del beso como habían fallado todos los demás. No quería soñar con él, no quería planear imaginarias cenas, largos paseos o bodas elaboradísimas.

Y la razón por la que no quería hacer nada de eso era porque podría destrozar lo que había disfrutado tanto hasta aquel momento: el paseo por el bosque, jugar al escondite, comer sándwiches de manteca de cacahuete con mermelada.

La razón por la que no quería poner a Ryan en el centro de esa fantasía no era sólo que se hubiera prometido a sí misma dejar de soñar como una cría.

Era que tenía la oportunidad de ayudarlo y besarse podría robarle esa oportunidad. Podría hacer que Gavin se alejara aún más de su padre.

Estaba viendo al niño temblar de miedo. La muralla que había levantado en contra de su padre se había ido cayendo poco a poco... hasta aquel momento.

Gavin tenía miedo de su padre.

Ryan parecía sorprendido y dolido por la expresión de su hijo. En ese momento no era un príncipe, sino un hombre normal perdido en un mundo que no entendía, la tierra extraña de ser un padre sin una esposa al lado. Ni su

status, ni su dinero ni su reino podían ayudarlo a solucionar esa situación.

Viendo la pena y la confusión que oscurecían sus facciones, Prudence sintió un escalofrío. Fue una revelación, como el sol saliendo entre las montañas en un día de niebla.

Se dio cuenta de que aquello no tenía nada que ver con ella. No era sobre si encontraría o no a su príncipe. Y, desde luego, no tenía nada que ver con que Ryan pasara o no la prueba del beso.

No era por eso por lo que había ido a aquella isla encantada, sino para encontrarse a sí misma, su auténtico carácter, su habilidad para olvidarse de sus deseos y ayudar a aquella familia.

Estaba harta de buscar un héroe. Esa búsqueda había terminado para siempre. Porque el héroe era ella.

Iba a conseguir que Ryan y su hijo volvieran a entenderse.

Iba a ayudarlo a construir un puente entre sus corazones. ¿Pero cómo? Ella no era una experta en resolver problemas familiares.

Pero era una experta en niños solitarios y sabía lo que un niño solitario deseaba más que nada en el mundo.

Sentirse valorado. Saber cuál era su sitio en el mundo. Sentirse seguro y conectado con los demás. Y, de repente, llegó la inspiración y Prudence supo cómo iba a hacerlo.

—Bueno, vamos a guardarlo todo en las cestas. Tenemos cosas urgentes que hacer.

Los dos príncipes la miraron con idéntica expresión de escepticismo.

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó Prudence, con firmeza.

—Yo quiero seguir tirando piedras al agua —protestó Gavin, mirándola con la misma expresión con que la había mirado el primer día.

Aunque era lógico que se sintiera traicionado. O más bien, que aquel proyecto de beso le hubiera parecido una traición a su madre.

—Ya has tirado muchas piedras... —empezó a decir Ryan.

—¡Quiero seguir haciéndolo!

Prue sabía que la situación iba a empeorar si no hacía algo, de modo que decidió entrar en acción.

—Gavin, tu padre va a ayudarte a hacer un coche para el festival.

—¿Qué? —exclamó el niño.

—¿Qué? —exclamó el padre.

—Lo que he dicho. Y hay que darse prisa. Sólo faltan unas semanas para el

festival. Tres semanas, ¿no? Creo que hay una categoría especial para niños menores de seis años.

—¿Voy a participar en el festival? —exclamó Gavin.

—Si tu padre sabe cómo construir uno de esos cacharros...

—Claro que sabe. ¿Verdad que sabes, papá?

Ryan miró a Prudence con expresión dubitativa.

—Sí, claro que sé.

Pero Gavin no estaba del todo ganado porque decidió viajar en la parte trasera de la tartana y no en el pescante, al lado de su padre. Aquello no iba a ser fácil, pensó Prue.

—Espero que sepa usted construir un coche de esos —le dijo el príncipe cuando el niño entró corriendo en palacio para darle la noticia al resto del personal—. ¿Y por qué narices se le ha ocurrido tal idea?

—¿Se puede decir «narices»? No he llegado a ese capítulo del libro de protocolo real.

—¡En algunas circunstancias puedo decir lo que me da la gana! —le espetó el príncipe—. ¿Sabe usted que tiene la costumbre de cambiar de tema en lugar de contestar directamente a una pregunta?

—Sí, lo sé, Alteza Real Serenísimas —contestó Prudence—. Y no, me temo que no tengo ni idea de cómo hacer uno de esos cacharros.

—Era de imaginar —murmuró Ryan—. Y me gustaría saber qué le pasa a mis pies, por cierto.

—Nada. Bueno, la verdad es que el dedo gordo es más corto que los demás. Todos tenemos defectos, no pasa nada.

—¿Lo dice en serio?

—Claro. ¿Nunca le habían dicho que usted también tiene defectos?

Ryan se quedó en silencio, pensativo.

—No, me parece que no me lo había dicho nadie.

Y entonces el príncipe Ryan Kaelan echó la cabeza hacia atrás y soltó una fenomenal carcajada que haría olvidar a cualquier mujer que, por muy guapo y muy príncipe que fuera, tenía los pies feos.

—¿Le importa quedarse un momento con el pony?

—¿Yo? ¿Qué...? ¡Pero si yo no sé nada de caballos!

Pero Ryan desapareció en el interior de palacio a toda velocidad. Ah, una venganza, pensó Prue. El pony, que hasta entonces había sido bueno hasta el punto de parecer angelical, intentó darle un mordisco en cuanto sujetó las riendas, como si sólo se portase bien delante de Su Alteza Real. Luego se

soltó de un tirón y se dirigió hacia un macizo de flores, que se dispuso a comer tranquilamente.

—¡Pero bueno...!

Prudence intentó volver a tomar las riendas, pero aquel pony era maligno y la amenazó con unos dientes que no pasarían ninguna de las pruebas de su lista. Luego la empujó con la cabeza y la tiró de espaldas sobre el macizo de flores. Afortunadamente, fue salvada de un destino peor que la muerte por el encargado de las caballerizas, que soltó una carcajada cuando Prudence le gritó al maligno caballo enano:

—*Go no-ithe an cat thu, is go no-ithe an diabhal an cat!*

Entonces se dio cuenta de que alguien la estaba observando. Había dos cabezas en la ventana del cuarto de los niños. Ryan y Gavin. Ryan le hizo un saludo con la mano.

—¡Y eso va también para usted! —le gritó, levantando el puño.

Las dos cabezas desaparecieron de inmediato, pero el encargado de las caballerizas se quedó mirándola con la boca abierta, como si fuera el propio demonio que había invocado en la maldición.

—Señorita, no puede hablarle así al príncipe.

—Sí, bueno... en el fondo, sólo es un hombre —replicó ella, indignada.

—Pero es nuestro soberano.

—Sí, lo sé. ¡Pero si cree que es perfecto debería verle los pies!

Qué vida tan solitaria debía haber vivido el príncipe, rodeado de adulación...

Cuando entró en el cuarto de los niños encontró a Ryan y a Gavin dibujando furiosamente y Sara sentada sobre la mesa comiéndose felizmente un lápiz.

Prue rescató el lápiz a toda velocidad.

—¡No puede dejar que se lleve a la boca todo lo que encuentra!

—¿Qué tal su...?

—Trasero —terminó Gavin la frase por él—. Hemos visto cómo te caías al suelo.

—Estoy perfectamente.

—¿Se ha clavado alguna espina? Si es así, yo puedo ayudarla a quitársela —se ofreció el príncipe.

—¿Puede ayudarme con las espinas, pero no podía ayudarme con el pony? ¡Usted sabía que era un caballo demoníaco!

—No.

—¡Sí lo sabía!

—Cuidado. No se puede maldecir a un príncipe —dijo él entonces.

—Es usted imposible. ¡Y tiene unos pies sencillamente horripilantes!

El príncipe, en lugar de sentirse insultado, estaba muerto de risa y Prudence decidió olvidarse del asunto.

—Gavin, enséñame lo que estás haciendo.

—¡Es un plano del coche! Mira.

Desagraciadamente, el dibujo se parecía mucho más al gato que debía comérsela que a un verdadero coche. Y el de Ryan parecía un bólido de Formula Uno, precioso y totalmente irreal.

—¿Qué necesitamos primero?

—Ruedas —contestó el niño.

—¿Y dónde podemos encontrar...?

Los dos miraron el cochecito de Sara.

—¡No pueden quitarle las ruedas! —exclamó Prue.

Pero ninguno de los príncipes le hizo ni caso porque tomaron el cochecito y, muertos de risa, salieron al pasillo con él.

—He creado un monstruo. Dos monstruos —suspiró ella, acariciando el pelito de Sara que, naturalmente, no sabía que acababan de robarle su medio de transporte.

Pero lo importante era que padre e hijo estaban trabajando juntos. Con un poco de suerte, el resto llegaría solo.

El patio que había bajo las habitaciones de los niños se convirtió en un hervidero de actividad y Prudence tuvo que controlar una risotada al ver que Ryan intentaba arrancar las ruedas del cochecito como un vulgar ladronzuelo. Pero el coche era de una sola pieza, un artefacto modernísimo, y no parecía querer separarse de sus ruedas así como así.

Por fin, cuando consiguió arrancar una de ellas, Ryan y Gavin se dieron un apretón de manos. Más tarde, mucho más tarde, Prue les llevó un vaso de leche y un plato de galletas.

Habían conseguido arrancar tres ruedas y Ryan tenía los nudillos pelados. Entonces se fijó en que tenía vello en los nudillos...

¡Vello en los nudillos y los pies feos! Esas chicas que esperaban delante de los ascensores del hotel Waldorf tendrían que fijarse más. Aquel hombre estaba lleno de defectos. Sin embargo, Prudence se quedó sorprendida al comprobar que esos nudillos le parecían adorables. Horribles, pero adorables.

Incluso un poco sexy.

Para no dejar que su mente hiciera de las suyas, apartó la mirada del príncipe y se concentró en Gavin, que parecía preocupado porque el dibujo que sujetaba en una mano muy sucia no se materializase de inmediato.

—Espero que traiga algo más que galletas —dijo Ryan.

—Sí, traigo unas palabras de consejo.

—Gracias a Dios.

Prudence le hizo un gesto para que se acercara.

—Lo importante no es el coche, sino Gavin. Y usted.

—Ah —murmuró él, mirándola intensamente.

Muy intensamente.

Era como si alguien la mirase por primera vez. Como si durante toda su vida hubiera llevado sobre la espalda la carga de sus imperfecciones: la melena rebelde, su carácter endiablado (el equivalente a los nudillos con pelo o los pies feos) y, de repente, alguien los viera como virtudes.

Alguien pensaba que su mal carácter era adorable. Horrible, pero adorable. Y quizá en algún momento la había visto incluso sexy. ¡Debía de ser así! Al fin y al cabo, había intentado besarla.

Pero tenía que recordarse a sí misma que no debía pensar esas cosas. Lo importante allí eran Ryan y Gavin, no ella.

—Bueno, ¿puedo hacer algo?

—Cuánto me alegro de que haga esa pregunta.

Ryan sabía que debería sentirse culpable. Había intentado besar a una mujer que era empleada suya. Eso era absolutamente inapropiado.

Y, sin embargo, pensar en Prudence como una empleada le parecía aún más inapropiado. Porque, en realidad, en el poco tiempo que llevaba allí se había convertido en la dueña del corazón de su hijo.

Y casi en la dueña del suyo.

Quizá por eso la había dejado sola con el pony infernal.

La había dejado sola a propósito, sabiendo que se partiría de risa con sus cosas. Prudence Winslow era... graciosa. A pesar de su carácter, de lo mandona que era, de que no lo respetaba en absoluto, era una mujer muy divertida. Y él nunca había conocido a nadie así.

No debería haberla dejado sola con el pony, que era en parte Shetland, en parte monstruo y en parte auténtico demonio. Pero no le dio la gana.

La verdad era que lo habían educado para ser un perfecto caballero. Se levantaba cuando entraba una mujer en la habitación, le abría la puerta, había

aprendido a besar manos desde que tenía la edad de Gavin...

Ver a una señorita en apuros debería haberlo hecho salir corriendo para rescatarla. Pero Prudence Winslow no parecía necesitar rescate. Además, era una pequeña venganza por haber dicho eso de sus pies. ¡Sus pies eran perfectos!

Prudence tenía la habilidad de sacar lo peor de él. O, al menos, lo más travieso. Lo que no podía sacar nunca al exterior. Le había hecho muchísima gracia que se metiera con sus pies, que lo maldijera levantando el puño y dejando al encargado de las caballerizas de una pieza. Era una novedad... y algo más.

Se preguntó entonces si debería hablar con Gavin sobre lo del beso. Aunque al final no la había besado. Quería saber por qué su hijo había reaccionado de esa forma. Pero el niño parecía tan contento que decidió no forzar su suerte.

Eran más de las nueve cuando Prudence insistió en que lo dejaran hasta el día siguiente. Había sido un día muy largo, pero Ryan lamentaba enormemente que terminase.

—Yo acompañaré a Gavin a su habitación.

El niño pareció vacilar.

—Buena idea —sonrió Prudence—. Podrían discutir sobre los colores para el coche. Y sobre el nombre. ¿No cree que debería tener un nombre?

Gavin sonrió de oreja a oreja. Ryan se dio cuenta entonces de que Prudence Winslow había usado la diversión en lugar de la confrontación. Y tomó nota de esa estrategia para añadirla a su casi inexistente arsenal paternal.

Después de meter al niño en la cama, esperaba poder hablar un rato con ella. Incluso que retomaran lo que habían dejado pendiente por la tarde... esta vez sin la presencia de testigos hostiles.

Incluso podría hacerla cambiar de opinión sobre sus pies, pensó.

Pero Prudence parecía haberse esfumado. Y a menos que estuviera equivocado, sospechaba que durante los días siguientes no iba a ser posible verla a solas.

No sabía si sentirse ofendido o divertido. Ninguna mujer le había dado con la puerta en las narices en toda su vida. Antes de casarse era como si todas las chicas del mundo estuvieran enamoradas de él.

Y él, por supuesto, las había querido a todas. ¿Era mala suerte que hubiese terminado con la única a la que le importaba un bledo? Había dejado de tomarse en serio los halagos mucho tiempo atrás. Sabía perfectamente que no

era querido por sí mismo sino por el estereotipo, por el nombre de su familia.

Prudence, sin embargo, parecía empeñada en verlo de la forma más realista posible.

De hecho, parecía encantada recordándole que sólo era humano. O sencillamente se quedaba mirándolo con sorna mientras se machacaba un dedo con el martillo o mientras intentaba extraer una rueda del carrito de Sara.

Lo observaba sin decir una palabra y era frustrante, sabiendo que solía opinar de todo, que no hiciera sugerencia alguna.

«Me parece que eso no va a funcionar», no era precisamente una sugerencia positiva. Ni: «¿Dónde está el estéreo?» O: «¿Cómo se enciende el aire acondicionado?»

Días después de haber empezado con el proyecto, Gavin y Ryan estaban cubiertos de pintura de la cabeza a los pies, mirando el artefacto de su creación.

Él era un hombre absolutamente acostumbrado al éxito. El príncipe Ryan Kaelan era y había sido siempre un perfeccionista.

Pero el coche era un espanto.

Había tardado tres días en darse cuenta.

No se parecía para nada al dibujo que habían hecho. De hecho, no parecía un coche.

Y, sin embargo, era un espanto divertido. Los días que habían pasado creándolo no podría quitárselos nadie. Había un sitio dentro de él, un sitio sagrado, donde quedaría para siempre la risa de su hijo. Había un sitio dentro de él, un sitio sagrado, donde siempre vería a su hija Sara tumbada en una mantita, riendo mientras Gavin y él trabajaban juntos. Que el vehículo no sirviera para nada era algo secundario.

Prudence había estado en lo cierto cuando le dijo que lo importante era Gavin y no el coche. Lo importante era borrar el miedo de los ojos de su hijo, hacerle olvidar la hostilidad que mostraba desde que murió su madre. Lo importante era reírse juntos, trabajar en equipo, comportarse como padre e hijo.

Aun así, el «coche» parecía una caja roja colocada de forma precaria sobre cuatro ruedas. Y se inclinaba hacia un lado, además.

El interior era aún más primitivo, salvo por el asiento, una silla de la cocina que habían robado cuando la cocinera estaba despistada. Habían serrado las patas y la habían clavado a la caja con tornillos. El volante era el viejo manillar de un cart, demasiado grande, y los frenos, un par de esquís

serrados también.

Ryan miró a Gavin, temiendo su reacción. Pero el niño estaba mirando su creación con cara de asombro.

—Es como la caja que Prudence dibujó en el avión —declaró, satisfecho.

—Ah, es verdad. ¿Sigues queriendo que se la coma el gato?

—No, no, papá, eso fue hace mucho tiempo.

Para un niño pequeño, unas semanas eran una eternidad. Pero a Ryan le resultaba imposible imaginar su existencia antes de que Prudence Winslow llegase a Momhilegra. Curioso que la promesa de hacer un coche artesanal y de pasar tiempo con su hijo, y con ella, hiciera que se levantase de la cama más contento que nunca.

Los asuntos de gobierno estaban pendientes, le había recordado Ronald varias veces. Pero mirando a Gavin en aquel momento, Ryan pensó que los asuntos de gobierno podían esperar porque el niño que tenía delante, y que algún día sería el rey de Momhilegra, nunca había parecido más feliz.

—Tengo que conducirlo —dijo su hijo entonces.

—Sí, por supuesto.

Pero cuando iban a empujarlo por una pendiente, Ryan empezó a preocuparse.

—Deje que lo haga —le aconsejó Prudence.

—¿Cómo sabe lo que estoy pensando?

—No es difícil saber lo que piensa un padre.

No un príncipe, sino un padre. Le gustaba que lo viera antes como padre que como príncipe.

—No puedo dejar que se suba a esa cosa. Podría hacerse daño.

—Un arañazo o un moratón, nada más. Es mejor hacerse una herida que vivir toda la vida en una burbuja.

Aunque sabía que estaba hablando de Gavin, Ryan no podía dejar de preguntarse si eso podía aplicarse también a su propia vida.

Se había sentido herido por el rechazo de Raina, aunque jamás estuvo enamorado de ella. ¿Cómo sería el dolor si uno amaba de verdad? ¿Iba a dejar que las experiencias pasadas lo detuvieran? ¿O prefería arriesgarse a sufrir los golpes que le diera la vida?

Pero por mucho que quisiera convencerse, él no era un hombre normal. No podía vivir la vida que soñaba.

El coche estaba terminado. El tiempo que había pasado disfrutando con su hijo había llegado al final. Los asuntos de Momhilegra requerían su atención.

Suspirando, le puso el casco al niño y lo ayudó a sentarse en el asiento. Le dio instrucciones de última hora para usar los frenos, pero no tenía ninguna fe en el volante... ¿Qué le había preparado en la vida para construir un coche con sus propias manos?

¡Prudence podía estar equivocada! A menudo lo estaba, aunque era demasiado cabezota como para admitirlo. Su hijo era muy pequeño. Podría romperse un hueso, partirse un diente. Pero Ryan intentó controlar sus miedos. Su hijo, evidentemente, no tenía ninguno y no quería ser él quien introdujera temores donde no los había.

Gavin subió al coche y miró a su padre.

—Empújame, papá.

Prudence y Ryan empujaron. Era sorprendentemente pesado. Rodó un poquito, se detuvo, rodó otro poquito, volvió a detenerse.

—Levanta los pies del freno, hijo.

Gavin levantó el pie y el coche empezó a deslizarse por la pendiente. Tan aprisa que Ryan apenas podía seguirlo.

—¡Pisa el freno, Gavin!

El niño obedeció y los esquíes rozando el pavimento soltaron una ducha de chispas. Desgraciadamente, su hijo no podía controlar el volante y los frenos al mismo tiempo, un error de diseño que no habían previsto, y el coche cayó de lado, deslizándose por la hierba hasta chocar contra un árbol y hacerse pedazos.

Desde el interior oyeron un chillido y Ryan corrió con toda su alma...

—¡Gavin!

Pero al llegar al lado del coche destrozado se dio cuenta de que el chillido era una carcajada infantil de pura diversión.

Un calor, como el primer rayo de sol después de los meses de frío invierno, pareció extenderse por todo su cuerpo.

Prudence llegó entonces a su lado y los abrazó a los dos, besando la cara del niño sin parar. Aparentemente, los pies de Gavin no influían para nada en sus besos, pensó Ryan, con cierta envidia.

Ojalá pudiera conservar aquel momento para siempre. El olor de su pelo, el de la hierba, la risa en el aire, el peso de su hijo entre sus brazos...

Pero Prue se apartó para inspeccionar el desastre.

—¿Puede salvarse algo?

Ryan se levantó para echar un vistazo mientras Gavin se quitaba el casco.

—Lo dudo mucho.

—Papá, ¿qué vamos a hacer?

Los asuntos más importantes del reino requerían su atención y Ryan sentía como si, en el pasado, hubiera confundido las cosas. Pero ya no.

—Vamos a construir otro, por supuesto —contestó, colocándose a Gavin sobre los hombros—. Bueno, de vuelta al estudio de diseño.

## CAPÍTULO 8

—Yo te bautizo como Gato Real —anunció Gavin, antes de darle un sonoro botellazo. Luego, sonriendo de oreja a oreja, inclinó la botella y echó un chorro de limonada sobre el capó de su flamante vehículo.

El nombre estaba escrito en la parte trasera en letras bien grandes.

Prue observaba la cara de felicidad del niño, recordando las tres semanas que habían tardado en construirlo y el coste: doce prototipos destrozados, veinte litros de pintura, dos cochecitos de Sara privados de sus ruedas y cinco contenedores de basura. Ah, y doce accidentes.

Pero había más: tres semanas con dieciséis meriendas, cuatro quemaduras solares a pesar de la crema, diez litros de limonada, doce cambios de pañal, que el príncipe había realizado con éxito, tres manchas de pintura en la ropa, una en la frente de Sara, cuatro uñas que se había roto Prue y más ropa destrozada de la que quería recordar.

Y había más: la decisión de tutearse cuando no estuvieran en público, cuatro discusiones, cinco fruncidos de ceño por parte del príncipe, sesenta y tres sonrisas, doce guiños, treinta y tres roces de hombros, seis apretones de manos que habían durado más tiempo del necesario, una docena de miradas que podían ser consideradas penetrantes y tres veces en las que podría haberla besado, pero Prudence se había apartado a tiempo.

Pero allí estaba el coche, en todo su esplendor. Y no se inclinaba ni a la derecha ni a la izquierda. Incluso rodaba si lo empujaban un poco.

—Bueno, hora de cenar.

—Vaya, hombre —protestó Gavin—. ¿Ahora?

—Lo siento, pero es muy tarde.

—Yo también lo siento —suspiró Ryan.

La carrera era al día siguiente, pero lo mejor ya había terminado, en su opinión.

¿O no?

—Prue, ¿te gustaría ir conmigo al baile que se celebrará mañana, después del festival?

¿Al baile? ¿Con el príncipe? ¿Como en los cuentos? ¿Habría una calabaza que se convertiría por arte de magia en una carroza? ¿Llevaría unos zapatitos de cristal? Porque desde luego ella se sentía como Cenicienta.

Pero entonces la realidad apareció ante sus ojos.

—¿Mañana? Ryan...

—¿Qué?

—Tengo el pelo hecho un asco... ¡y no tengo nada que ponerme! Serás ruin...

—Agradezco mucho la invitación, Alteza —la corrigió él—. Por supuesto que iré con usted. No se me ocurre nada mejor que hacer y es un honor para mí.

—No te pongas arrogante.

—Soy un ruin y un arrogante, muy bien. ¿Sabes que la revista *People* me consideró uno de los solteros más deseables del año?

—¿De qué año? —replicó Prudence.

—No me acuerdo.

—¿Te habían visto los pies?

—Mira, Prue, di que sí o que no o te aseguro...

—¿Qué?

—Que te pintaré toda la cara de rojo —la amenazó él.

—¿Crees que eso me molestaría? —Seguro que sí.

—Bueno, de acuerdo, iré contigo. Pero tú te encargas de meter a Gavin en la cama porque yo tengo muchas reparaciones que hacer. Tengo que cortarme el pelo, buscar un vestido adecuado... no puedo creer que me hayas hecho esto.

Ryan la observó subir la pendiente con una sonrisa en los labios. Un millón de mujeres darían un brazo por acudir al baile con él.

Menos mal que había encontrado a una que no se lo cortaría. No quería tener una compañera de baile manca, pensó, sintiéndose graciosísimo.

Qué guapa era, pensó. Habían estado tanto tiempo bajo el sol que se había puesto morena y, además, llevaba pantalones cortos. Algo que él agradecía inmensamente.

Ryan se quedó sorprendido entonces por una revelación.

Estaba enamorado de Prudence. Su corazón se llenaba de felicidad cada vez que la miraba. Su vida le parecía completa con Prudence Winslow a su lado...

—Papá, ¿tú crees que ganaré mañana?

—Ya hemos ganado, hijo —sonrió Ryan—. Venga, vamos a ponerte el pijama. Tienes que descansar para la carrera.

Al día siguiente la isla era un jolgorio. No había nada que a la gente de

Momhilegra le gustase más que una buena fiesta. La mayoría de las carreteras principales estaban cortadas, los pubs estaban llenos de gente y había bandas de música por todas partes.

Ryan había inaugurado las festividades, pero cuando terminó se puso una gorra y unas gafas de sol y, con la ayuda de dos fornidos guardaespaldas, se abrió paso entre la multitud para llegar a la carrera de Gavin, que era la primera del día.

Prue estaba buscándolo entre la gente y empezó a mover los brazos en cuanto lo vio, recociéndolo a pesar del disfraz.

—Veo que te has quitado la pintura del pelo.

—Deja en paz mi pelo. Estoy tan contenta por Gavin... espero que quede en buen lugar. El pobre está tan emocionado. Pobrecito, todo el mundo estará pendiente de él... no sé cómo va a poder soportarlo si pierde. Es tan pequeño.

El corazón de Ryan se llenó de amor por aquella mujer que, en muy poco tiempo, le había dado tanto cariño a sus hijos.

—¡Conductores, a sus puestos! —gritó un hombre con un megáfono.

—Ve tú, corre. Es tu momento. Tuyo y de Gavin.

Era su momento, sí. Ryan se acercó a la línea de salida y se quitó la gorra y las gafas de sol. La multitud lo reconoció enseguida y prorrumpió en aplausos. Él saludó con la mano hasta que le indicaron que debía colocarse en su sitio, detrás del coche para empujar, como el resto de los padres.

—¡Preparados, listos... ya!

—¡Vamos, Gavin! —gritó Prue—. ¡Ánimo, venga!

Dos de los coches chocaron de inmediato y otro de ellos se salió de la carretera, haciendo que los espectadores tuvieran que apartarse a toda prisa para salvar las piernas.

Pero Gavin siguió adelante, pasó la línea de meta y se puso a dar saltos como si hubiera ganado. Como todos los demás niños, incluida una niña con un vestido de encaje rosa y un casco de albañil.

Ryan fue el encargado de entregar los premios y, afortunadamente, había uno para cada niño. Por supuesto, se mostró, más simpático con los tres que se habían quedado tirados antes de llegar a la meta.

Gavin consiguió el premio al más innovador. El pobre estaba encantado, aunque cuando volvían a casa por la tarde, después de presenciar todas las carreras y de haber comido suficiente algodón dulce como para que se le cayeran todos los dientes, les confesó que no sabía lo que significaba eso.

—Significa que tu coche era el más imaginativo —le explicó Prue.

—Ah, eso. No sé, pero yo me lo he pasado muy bien.

—Yo también... pero ahora tengo que prepararme para el baile.

—¿El baile? —repitió el niño, suspicaz.

—Voy a bailar con tu padre.

Recordando la reacción de Gavin en el lago, los dos habían tenido mucho cuidado para mantener en secreto la atracción que había nacido entre ellos.

Pero Ryan se daba cuenta de que Prue intentaba darle a entender a su hijo que ellos eran adultos y tenían otra vida, aparte de él y de su hermana.

Gavin lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—Pero ve a darme un beso antes de irte.

—Por supuesto.

Ryan estaba leyéndole un cuento cuando Prudence entró en la habitación. Y se quedó tan aturdido que, al levantarse, el libro se le cayó al suelo. Nada podía haberlo preparado para ver a Prudence Winslow de esa guisa.

Llevaba un vestido verde con escote palabra de honor que brillaba como si estuviera imbuido de la luz de la luna. Un chal de encaje escondía sus hombros desnudos, pero el corpiño se ajustaba a sus curvas como un guante. La falda caía hasta el suelo, metros de tela que parecían bailar a su alrededor.

Llevaba el pelo recogido, bien recogido, no con rizos cayendo a un lado y otro de su cara como era su costumbre. Tenía una estructura ósea perfecta. Y se había hecho algo en los ojos... o quizá era el reflejo del vestido. Pero estaba sensacional. Absolutamente sensacional.

¡Y esos labios! Eran de color rubí, brillantes... tentadores.

Como un sonámbulo, Ryan se acercó a ella y apretó sus manos.

—Qué guapa estás...

—¡No la beses! —gritó Gavin entonces, saltando de la cama y colocándose entre los dos—. ¡La matarías como mataste a mamá!

Atónito, Ryan se inclinó para ponerse a la altura de su hijo.

—¿Qué has dicho?

—Que la matarías como mataste a mamá —repitió el niño—. ¡Te odio! —gritó antes de desaparecer corriendo en el cuarto de juegos.

¿Gavin creía que él había matado a su madre? Ryan pensó que si escuchaba atentamente podría oír cómo su corazón se partía en dos.

Prue lo miraba, desolada. Ryan había bajado los brazos y movía la cabeza como un boxeador que hubiera recibido un puñetazo por completo inesperado.

—He perdido en dos segundos lo que me ha costado semanas conseguir.

—Ryan...

—¿Cómo puede pensar eso? ¿Cómo puedo haberle fallado de esa forma?

—Tú no le has fallado...

—¡Cree que yo maté a su madre!

—Tiene cinco años —insistió ella—. Los niños tan pequeños se hacen una composición de lugar que a veces no tiene ningún sentido. Es un niño muy listo, quizá por eso hemos pensado que entendía las cosas como un adulto. Pero no lo es, es un niño. Aún no sabe separar la realidad de la fantasía.

¡Y ella sabía mucho sobre eso! Quizá eso mismo era lo que le había pasado a ella, que su crecimiento se detuvo cuando murió su madre. Quizá por eso era capaz de entenderse tan bien con los niños.

Pero Ryan no la estaba escuchando.

—Por fin has entendido lo que pasa, eso debería alegrarte.

Pero él no parecía convencido en absoluto. Era la viva imagen de la derrota, de la desolación. Cuando lo miró a los ojos, en ellos vio toda la carga que llevaba a la espalda, toda la soledad que había soportado desde niño. Pero también vio su fuerza y la disciplina que lo había ayudado a seguir adelante.

Y quería hacerle saber que él no merecía estar solo. Quería que supiera que había un sitio donde podía descargar esa pena. Quería hacérselo saber, pero no sabía cómo...

Entonces se le ocurrió. Y, sin pensar, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

Sabía a nubes, a mar. Sabía a... todo; a todos los sueños que había tenido desde que era una niña.

En ese beso estaba todo: la felicidad, la pena, la ilusión, la vida, la muerte.

Había besado a un príncipe. Lo había besado incluso conociendo sus defectos. Lo había besado sabiendo que tenía pelos en los nudillos y los pies más feos del mundo. Lo había besado sabiendo que se escondía tras la fachada de un príncipe y que podía ser horriblemente arrogante. Lo había besado sabiendo que el príncipe Ryan Kaelan no era el hombre sin defectos con el que había soñado siempre.

Había besado a un príncipe y no se había convertido en una rana.

Se había convertido en un hombre. Un hombre que necesitaba amor.

Prue dio un paso atrás, conmovida.

—Tengo que ir a ver a Gavin...

Se había enamorado de un príncipe.

—No, no lo hagas —dijo Ryan—. Tengo que ir yo. Tengo que hablar con mi hijo.

—Muy bien.

—Podemos ir al baile después.

Pero estaba claro que su corazón no estaba en ese baile. Y tampoco el de ella.

—La verdad es que no me apetece mucho —dijo Prue.

Prudence Winslow no quería ir al baile con su príncipe. La vida podía ser tan cruel.

—¿Nos vemos en mi habitación más tarde?

—Pues... no sé.

¿Cómo iba a besarlo otra vez y no morir en el intento? ¿Querría Ryan... acostarse con ella? ¿Era por eso por lo que la invitaba a su habitación? ¿Habría abierto una puerta tras la que había cosas complejas, aterradoras que ella no conocía? ¿O sería la noche más bonita de su vida?

—Quiero contarte qué ha pasado con Gavin.

—Ah, claro.

Entonces no era el beso. Ni quería hacerle el amor. No, claro que no. Qué tontería. El príncipe podía tener a cualquier mujer que se le antojara. Idelle incluso le había dicho que le tiraban ropa interior, como si fuera una estrella del rock.

Quería que se reuniera con él para hablar de Gavin.

Prue casi había olvidado que era la niñera. Había olvidado cuál era su sitio.

¡Pero la había invitado al baile! Claro que eso fue antes de que le revelara sus sentimientos con aquel impulsivo beso.

—Sí, muy bien.

—A las nueve.

Sonaba sospechosamente como una orden. Pero eso era lo que debía recordar: que, a pesar de que se reían juntos, de que se divertían juntos, él era el príncipe y ella la niñera. No su amiga. No su novia.

Y, desde luego, no era su amante a pesar de aquel beso.

Prue no quería ser su amante. Porque era la niñera de sus hijos.

El príncipe lo sabía y ella lo sabía también. ¿Por qué no había pensado en eso antes de besarlo, antes de aceptar la invitación para ir al baile?

Quizá los dos se habían dejado llevar por aquellas semanas de diversión...

Más tarde, cuando fue a darle las buenas noches a Gavin, Idelle le dijo que el niño ya estaba dormido.

—Su padre ha estado con él mucho rato. Los dos parecían agotados.

—Ah, de acuerdo.

De todas maneras entró en la habitación y acarició el pelito revuelto de Gavin. Su responsabilidad era para con aquel niño. No podía hacer nada que le dañase, no podía hacer nada que pudiera herirle.

Su promesa había funcionado después de todo. Porque hasta que la hizo no había sido capaz de poner las necesidades de los demás por encima de las suyas.

Y ahora la idea de no poner las necesidades de aquel crío por delante de las suyas le parecía una idea repugnante.

Llegó ante la puerta de la habitación del príncipe a las nueve en punto, decidida a portarse como lo que era: la niñera de Gavin y Sara. Aunque si ésa fuera realmente su intención se habría quitado el vestido, pensó.

Quería que la viese como una mujer guapa, una mujer con la que podría ir al baile y sentirse orgulloso... aunque no fueran a ir juntos. Porque, ¿qué pasaría si les hicieran fotografías? Y, sin la menor duda, habría periodistas en el baile. ¿Lo habría pensado Ryan antes de pedírselo?

Su apartamento no fue una sorpresa para ella: muebles antiguos, espejos revestidos con pan de oro, cuadros de sus antepasados, sofás de terciopelo.

—Todo lo que hay aquí parece tener un millón de años —comentó, intentando aligerar el ambiente.

—Sí, bueno, es muy apropiado. Porque así es como yo me siento —suspiró Ryan.

—¿Qué ha pasado con Gavin?

—Pobre niño... lleva más de un año con esa carga. Pensando que sabía un gran secreto. No te lo vas a creer, pero...

—De los niños me lo creo todo —sonrió Prue.

—Gavin escuchó una conversación. Ya sabes lo listo que es, pero unió lo que había oído con las cosas que creía saber y acabó sacando una conclusión absolutamente esperpéntica.

—¿Qué?

—Pensaba que cuando yo besaba a su madre plantaba una semilla en ella. Cuando Raina engordó, sus palabras, no las mías, pensó que era una semilla de calabaza. Y en algún momento, la calabaza se convirtió en Sara. Supongo que no podía aceptar que alguien tan pequeño y tan dulce como su hermana

podía haber matado a su madre, así que decidió que yo era el responsable. Porque yo había plantado la semilla. Por eso, cuando pensó que iba a besarte en el lago... y esta noche, creyó que iba a matarte a ti también.

—Pobrecito...

—Lo sé. Se lo he explicado todo... bueno, lo que he podido. No sé si lo he hecho bien... es muy difícil explicarle esas cosas a un niño. Pero quería convencerlo de que la muerte de su madre no fue culpa mía. Ni de nadie. Creo que tardará algún tiempo, pero espero que en su corazón sepa la verdad.

—Yo te ayudaré en lo que pueda —se ofreció Prue.

El príncipe la miró entonces fijamente.

—En muy poco tiempo te has convertido en alguien muy importante para mis hijos. Y para mí —dijo, tomando su mano—. Prudence, creo que deberías casarte conmigo.

Prue lo miró, atónita. ¿Ella pensando que debía portarse de manera profesional y el príncipe le pedía que se casara con él?

¡Aquel hombre era imposible! ¿Nada de cortejo? ¿Nada de romance?

¿Ella era importante para sus hijos, de modo que debían casarse?

¡Ja!

Prue miró alrededor, buscando algo que pudiese tirarle a la cabeza. ¿Por fin había conseguido el beso de sus sueños y él se había convertido en una rana cuando menos lo esperaba?

Pues ella iba a enseñarle que el amor era algo más que «ser importante» para alguien. ¡Aquel cretino no se había dado cuenta de que llevaba el vestido más sexy del mundo! ¡Sólo para él! Pero, ¿por qué tirarle cosas? Había una manera mucho mejor de lidiar con aquella situación.

—¿No hace mucho calor aquí?

—No.

—Ah —murmuró Prue, quitándose el chal y abanicándose con la mano—. Pues yo tengo calor. Serán las emociones.

—Espera, voy a abrir una ventana.

Pero cuando Ryan fue a levantarse, Prudence lo sujetó. Había querido que fuese un movimiento seductor, pero lo agarró con demasiada fuerza y el príncipe, estupefacto, cayó sobre ella.

—Vaya, vaya, vaya —murmuró.

¡Supuestamente, debería haber perdido el control! Estaban apretados el uno contra el otro, ella intentaba que la besara enloquecidamente... Para poder encontrar todo tipo de defectos en él, claro.

Ryan intentó levantarse, pero Prue enredó los brazos en su cuello y lo besó, decidida a encontrar una rana. Esperaba que tuviese mal aliento. Esperaba que la escupiese sin querer. Esperaba que el beso le diera náuseas.

Pero volvió a pasar.

Se derritió. El beso la llevó a un mundo que sólo existía en sus sueños. Era como si todas las estrellas salieran a la vez, como si ella estuviera allí, en el cielo, con ellas.

El beso le estaba saliendo fatal.

De modo que le dio un empujón, se levantó y se arregló un poco el vestido.

—No me casaría contigo aunque fueras el último hombre en la tierra.

Pensó entonces darle una bofetada, pero el gesto le pareció demasiado dramático, demasiado apasionado, como si le importara algo.

—¿Se puede saber qué he hecho ahora para que te enfades? —preguntó Ryan.

—¿No lo sabes?

—No, no tengo ni idea. Y me estás poniendo nervioso.

—Príncipe Ryan Kaelan de la isla de Momhilegra, quiero que sepas que ésa ha sido la proposición de matrimonio más horrenda que he oído en toda mi vida.

Y luego salió de la habitación con la cabeza bien alta... casi derribando al pobre Ronald, que llegaba del pasillo con una bandeja en la mano.

—Supongo que querrá llevarse esto a su habitación —dijo el hombre, con un suspiro.

Prue tomó la bandeja sin decir nada. Que se muriese de hambre. Así tendría algo en lo que pensar.

Pedir a una mujer en matrimonio porque «era importante» para él. ¡Porque sus hijos se llevaban bien con ella!

¡Sería tarugo!

—¿Le ha tirado algo a la cabeza?

—No pienso darle esa satisfacción.

—Ah —Ronald parecía decepcionado.

«Muy bien», pensó Ryan, aquello no había salido como él esperaba.

—Me temo que he perdido su cena, señor —dijo Ronald en voz baja.

—Da igual. No tengo apetito.

¿Por qué se había enfadado?, no dejaba de preguntarse. ¿Qué había hecho mal? ¿Qué había dicho?

¿No era lo más práctico casarse?, le preguntó a Ronald, pensativo.

—La mayoría de las mujeres no creen que el matrimonio sea una cuestión práctica, señor.

No, claro, que no, pensó Ryan. Qué tonto había sido. Tenía que cortejarla. Como había tenido que cortejarla para que aceptase trabajar para él en Momhilegra.

Pero ya no era lo mismo. No quería sentir que estaba convenciéndola de nada, no quería ganar, no quería retarla.

Quería que Prue fuera a él voluntariamente. Que fuera su esposa porque era lo que más deseaba en el mundo.

Recordó el fuego que había visto en sus ojos después de su torpe proposición... Sí, había sido una torpeza por su parte, debía reconocerlo.

Pero ¿qué sabía él de tales cosas? Nunca había tenido que llamar a una chica para preguntarle si quería salir con él. Siempre había alguien que... se encargaba de esas cosas.

Su relación con Prue era una pelea constante. ¿Quería que su vida fuera *La fierecilla domada* o *Sonrisas y lágrimas*?

Aunque no estaría mal pelearse con Prudence Winslow durante años y años. Sí, así era como quería pasar el resto de su vida. Pelearse con Prue sería mucho mejor que lo que había tenido con la madre de sus hijos, infinitamente mejor.

Aunque quizá nunca se esforzó lo suficiente con Raina. Quizá no intentó ganar su amor...

¿El pobre Gavin habría pensado que él había matado a su madre si hubiera visto amor entre ellos? Seguramente no.

No podía cambiar el pasado, pero sí podía intentar ser un hombre mejor. ¿Debería cortejar a Prue? ¿Con flores, con vino, con bombones? Quizá con un paseo en coche de caballos por el bosque.

Pero ¿sería eso romanticismo o manipulación? Seguramente, Prue le tiraría estiércol de caballo a la cara.

—Es un riesgo que tendrá que correr, señor —dijo Ronald.

Ryan lo fulminó con la mirada. ¿Había estado hablando en voz alta?

Desde luego, su edecán parecía curiosamente contento al verlo tan angustiado.

## CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, Prue paseaba por uno de los hermosos jardines de palacio, pero no veía nada de aquella belleza. Estaba enamorada del príncipe. Y estaba metida en un buen lío. Sabía que debería marcharse de la isla, volver a Nueva York. Ryan debería solucionar él mismo sus problemas con Gavin y estaba segura de que ahora podía hacerlo. Ya no la necesitaba.

Pero la idea de no volver a verlo nunca, de no volver a ver esa sonrisa... y a Gavin, y a Sara. Esa idea encogía su corazón. Era como haber tocado la felicidad, esa felicidad loca con la que había soñado desde niña, con la yema de los dedos... para perderla después en un segundo.

—Querida.

Prue se volvió, sorprendida al oír la voz de la reina.

—Majestad —murmuró, haciendo una pequeña reverencia. Para Ryan no, pero para la reina sí—. Perdone, no sabía que éste fuera su jardín personal...

—Tranquila, no me molestas. Pero... ¿qué ocurre? ¿Estás llorando?

—No, no es nada. Es que...

—Ven, siéntate aquí conmigo un rato. ¿Has visto qué día tan bonito?

—Sí, precioso —murmuró Prue, que no veía nada en absoluto.

—Gavin fue a mis aposentos anoche y me enseñó su trofeo. Estaba muy orgulloso de él.

—Sí, es verdad —sonrió Prudence—. No ganó la carrera, pero quedó en uno de los primeros lugares. Y había construido el coche él mismo.

—Con la ayuda de mi hijo.

—Sí, claro —Prue apartó la mirada—. Ryan le ayudó mucho... quiero decir el príncipe Ryan.

—Prudence, querida, tengo poco tiempo, así que no estoy dispuesta a perderlo.

—Lo siento, Majestad, no quería molestarla —murmuró ella, levantándose.

—Siéntate, hija —le ordenó la reina entonces.

—Sí, señora.

—Quiero saber una cosa: ¿estás enamorada de mi hijo?

Prue se quedó mirándola con los ojos como platos. Quería decirle que no, pero no podía mentirle a una mujer tan enferma.

—Sí —contestó en voz baja—. Sé que no puedo casarme con él, claro. Y le aseguro que intenté no enamorarme de su hijo... yo había hecho una promesa, ¿sabe? Pero no he podido evitarlo. Hice una lista con todos los defectos que no pensaba soportar en un hombre...

—¿No me digas?

—Sí. Y Ryan... el príncipe Ryan tiene algunos defectos...

—¿Mi hijo?

—Sí, bueno, defectos pequeños, naturalmente. Pero cuando lo besé... había besado a otros hombres y ése había sido siempre el punto final. Pero cuando besé a Ryan... al príncipe Ryan, todo fue como había soñado. Y eso que tiene pelos en los nudillos y unos pies horribles.

—Ah, te has dado cuenta —sonrió la reina—. Me parece muy bien. Alguien tenía que decirle la verdad. Ese chico es un poco arrogante.

—¿Verdad que sí? —exclamó Prudence, emocionada.

—Pero es muy bueno. Muy honesto, muy generoso.

—Eso también es verdad. Además, me da igual que tenga defectos. Cuando le besé sentí que era todo lo que había soñado siempre. Y estoy segura de que nunca volveré a sentir nada igual.

La reina asintió con la cabeza, pensativa.

—Cuando Ryan te contrató, me habló del incidente con aquel coche.

—No fue nada.

—Sí fue, querida. Fue el momento de la verdad para ti. El momento en el que te convertiste en un auténtico ser humano, uno de éstos que merecen todo lo que sueñan. Los ojos de Prue se llenaron de lágrimas. Ryan también se lo merece —siguió la reina—. Ha sufrido mucho en la vida, se le ha exigido mucho desde que era un niño y ha tenido que hacer enormes sacrificios. Pero jamás se ha quejado. Mi hijo, como tú, también merece ser feliz.

—Anoche me propuso que me casara con él —le confesó Prudence.

—¿Ah, sí?

—Pero me puse a gritar.

—¿Por qué, hija?

—¡Porque me dijo que quería casarse conmigo porque era importante para los niños!

—¿Por eso te enfadaste?

—Bueno, supongo que... no sé, en realidad me dio miedo. Todos esos años buscando defectos en los hombres... no era porque quisiera encontrar al hombre perfecto, sino porque no quería encontrarlo.

—¿Por qué no querías?

—Me daba miedo.

—Ah —suspiró la reina, satisfecha—. Pero ya no debes tener miedo. Ve a casa, Prudence.

A casa.

Su corazón había reconocido aquella isla como su casa desde el día que llegó. Su corazón había reconocido a esos niños como sus hijos desde el primer momento. No quería admitirlo porque le parecía una de sus fantasías, pero era la verdad. Y también había reconocido en Ryan al hombre de sus sueños. Pero era un príncipe... un príncipe con corona, como en los cuentos.

¿Cómo iba a atreverse a soñar con algo así?

—Tienes un corazón puro, hija mía. Y nada me haría más feliz que ver a mi hijo casado con una mujer como tú.

—Majestad... no sabe lo feliz que me hace diciendo eso. Pero ¿qué voy a decirle ahora? Después de lo de anoche...

—Mi hijo te perdonará, seguro —sonrió la reina—. Cuando está triste, va a un sitio donde solía ir de niño, donde escondía todas sus penas. Ve sin perder tiempo.

No tuvo que decirle nada más. Prue sabía exactamente cuál era ese sitio y sus pies ya volaban hacia allí.

Ryan salió del agua bajo la catarata de Myria, suspirando. Para un hombre como él no era fácil decir «lo siento», pero aquella vez tenía que hacerlo. Prudence tenía razón, lo había hecho fatal.

Había sido una proposición vergonzante. La proposición de un cobarde. Y él no era un cobarde. Tenía que hablar con Prue, tenía que convencerla para que fuera su esposa. Pero no por los niños, sino por él. Porque la amaba. Porque había encontrado en Prudence Winslow a su alma gemela, la que pensó que no encontraría jamás.

Él era un príncipe y debía comportarse como tal. Iba a proponerle matrimonio de nuevo. Pero quería hacerlo a su manera.

De modo que salió del agua y se vistió a toda prisa. Tenía muchas cosas que hacer antes de lograr la felicidad.

Prudence había ido a la catarata de Myria, convencida de que Ryan estaría allí, pero no lo encontró. Y ver aquel sitio tan solitario había encogido su corazón. Aquel sitio maravilloso, aquel paisaje de cuento, no era nada sin Ryan.

Quizá no habría una segunda oportunidad para ella. Quizá aquél fuera el

final de sus sueños. Entonces oyó unos golpecitos en la ventana. ¿Estaría lloviendo?, se preguntó. Pero cuando se acercó vio a un criado de librea tirando flores desde el patio.

¿Flores?

Prudence abrió la ventana y asomó la cabeza, sorprendida. Y allí, en el patio, estaba la carroza real. ¡Y la reina ataviada con sus mejores galas! ¡Y los niños vestidos como pajes del siglo XVIII! ¿Qué estaba pasando?

Entonces oyó un golpecito en la puerta y fue corriendo a abrir, con el corazón en la garganta. Pero no era Ryan, sino Ronald.

—Señorita Winslow...

—Hola, Ronald. ¿Qué pasa, hay alguna fiesta o algo así?

—Sí, señorita Winslow. Y el príncipe quiere que se ponga el vestido verde.

—¿Ah, sí? ¿El príncipe quiere que me ponga ese vestido? —exclamó Prudence, irritada—. ¿Y por qué no viene a pedírmelo en persona?

Ronald dejó escapar un suspiro.

—Por favor, por una vez en la vida... ¿podría hacer lo que le pide?

—Bueno, de acuerdo, pero que esto no se convierta en una costumbre.

—No creo que Su Alteza se haga ilusiones.

Prudence entró corriendo en el vestidor y se puso su vestido verde y su chal a juego. Quizá aquella sería la última festividad que disfrutaría en Momhilegra, y pensaba pasarlo bien. A modo de despedida. Sin lágrimas.

Cuando bajaron al patio, la carroza en la que estaba la reina había desaparecido.

—¿Dónde está la reina? ¿Y los niños?

—Pronto lo sabrá.

—Pero...

—No puedo decir nada más, señorita.

Poco después, la carroza la llevaba hasta el lago... pero antes de llegar le pareció oír música. Música de laúd:

—¿Qué es esto, Ronald?

—Pronto lo sabrá.

El edecán la ayudó a bajar de la carroza y la llevó hasta la orilla del lago, donde Ryan la esperaba con un laúd en la mano. Estaba tocando una canción... la canción que había tocado para ella en Nueva York.

—Sé que no soy un hombre perfecto —empezó a decir—. Sé que tengo unos pies horribles y pelos en los nudillos —siguió, sin dejar de pasar los

dedos por las cuerdas del instrumento—. Pero quiero preguntarte si, a pesar de todas esas imperfecciones, querrías casarte conmigo. Para ser tus mil amores durante todos los días de mi vida.

—¿Qué?

—Te estoy pidiendo, Morun, mi gran amor, que seas mi esposa.

—Ryan...

—Tienes que decir sí o no.

—¡Claro que sí! —exclamó ella, echándose en sus brazos—. Vine a buscarte antes, pero no estabas y pensé que ya no había ninguna posibilidad para nosotros. Pero luego vi la carroza de la reina y...

Y de repente el prado se llenó de gente, de aplausos y de música. Ronald abría botellas de champán mientras las damas de la reina la ayudaban a tomar asiento y Ryan la miraba a los ojos, como si no viera a nadie más.

—¿Me quieres, Prue?

—Te quiero con todo mi corazón.

Prudence reconoció entonces la más asombrosa verdad.

Había amado a aquel hombre desde la primera vez que lo vio. Ese día su corazón le dijo que no habría ninguno más, que aquél sería su marido, su alma gemela. No había querido creerlo, pero así era.

De modo que el amor le daba su último regalo de sabiduría, le mostraba a la niña rica que había sido una vez que era el amor lo que hacía que el mundo fuese especial, no las cosas materiales. Y que era el corazón, no el dinero lo que hacía rica o pobre a una persona.

Era la canción que el alma cantaba cuando una mujer miraba a los ojos de un hombre, no un título nobiliario, lo que convertía al hombre y a la mujer en príncipe y princesa.

**Fin.**